





MI ENCUENTRO CON EL DIABLO

# MI ENCUENTRO CON EL DIABLO

**¡ME SORPRENDIÓ SABER QUE NO  
QUERÍA MI ALMA!**

**JOSÉ ARTURO SARABIA CAMPOS**

MI ENCUENTRO CON EL DIABLO

Me sorprendió saber que no quería mi alma

Primera edición 2025

© José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798296322081

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

## ÍNDICE

<b>DEDICATORIA</b> .....	7
<b>PRÓLOGO</b> .....	9
<b>CAPÍTULO 1 LA PRIMERA VEZ QUE LO VI</b> .....	14
<b>CAPÍTULO 2 EL PATIO DE LOS NARANJOS</b> .....	23
<b>CAPÍTULO 3 ADAN Y EVA FUERON UN EXPERIMENTO</b> .....	29
<b>CAPÍTULO 4 LILITH FUE LA PRIMER MUJER DE ADAN</b> .....	34
<b>CAPÍTULO 5 EVA Y YO TUVIMOS UNA HIJA</b> .....	39
<b>CAPÍTULO 6 LILITH Y EL PUEBLO DE LOS GENTILES</b> .	44
<b>CAPÍTULO 7 JESUCRISTO NO FUE HIJO ÚNICO</b> .....	49
<b>CAPÍTULO 8 JESUCRISTO NO ERA BLANCO NI ALTO</b> 54	
<b>CAPÍTULO 9 EL VERDADERO PADRE DE JESUCRISTO</b> .....	58
<b>CAPÍTULO 10 JESÚS NO NACIÓ EL 25 DE DICIEMBRE</b> .....	62
<b>CAPÍTULO 11 JESUCRISTO TUVO UNA HIJA</b> .....	66
<b>CAPÍTULO 12 ESTUVO POSEIDA POR SIETE DEMONIOS</b> .....	71

<b>CAPÍTULO 13 JESUCRISTO NO MURIO EN LA CRUZ ...</b>	<b>76</b>
<b>CAPÍTULO 14 UN IMPERIO DE CORRUPCIÓN Y RIQUEZA .....</b>	<b>82</b>
<b>CAPÍTULO 15 EL VATICANO AYUDÓ A NAZIS A ESCAPAR .....</b>	<b>86</b>
<b>CAPÍTULO 16 UNA ANTOLOGÍA DE CUENTOS Y RELATOS FICTICIOS .....</b>	<b>91</b>
<b>CAPÍTULO 17 JESÚS FUE UN GRAN HOMBRE .....</b>	<b>96</b>
<b>ACERCA DEL AUTOR.....</b>	<b>100</b>
<b>SUS OBRAS .....</b>	<b>101</b>

## DEDICATORIA

A quienes sostienen este libro en sus manos, a los curiosos, los escépticos, los buscadores de verdad que se atreven a mirar más allá de las sombras de lo establecido: esta novela, *Mi encuentro con el Diablo*, está dedicada a ustedes. Escrita desde el corazón de una Ciudad de México que respira historia, resistencia y sincretismo, esta obra no es solo una historia, sino una invitación a cuestionar, a dudar y a descubrir. A ustedes, lectores, que caminan por las calles empedradas del centro histórico o por los senderos de su propia alma, les dedico estas páginas con la esperanza de que encuentren en ellas un eco de su propia búsqueda.

A aquellos que han sentido el peso de una fe heredada, que han enfrentado el roce incómodo de la duda, que han mirado los altares dorados y se han preguntado si esconden algo más: esta novela es para ustedes. Juan, el protagonista, es un reflejo de todos nosotros, un hombre común que se encuentra cara a cara con verdades que desafían lo que le enseñaron. Su viaje, desde la rutina de un periodista hasta el portador de una pluma negra que escribe la verdad, es un homenaje a quienes se atreven a desentrañar los mitos que han moldeado nuestras vidas. Les dedico esta obra porque, como Juan, ustedes tienen el coraje de enfrentar el abismo y salir transformados.

A los mexicanos que llevan en su sangre la memoria de Tenochtitlán y la cruz colonial, que caminan entre iglesias construidas sobre templos mexicas y sienten el pulso de un sincretismo vivo: estas páginas son suyas. La Ciudad de México, con sus plazas, iglesias y ruinas, no es solo un escenario, sino un personaje que susurra las historias de resistencia y opresión. A ustedes, que saben lo que es vivir entre dos mundos, les dedico esta novela como un espejo de su identidad, un recordatorio que

la verdad no pertenece a los conquistadores ni a los altares, sino a quienes la buscan con el corazón abierto.

A los que dudan del Diablo, de la Iglesia, de los textos sagrados, y aun así buscan sentido en lo humano: esta historia es para ustedes. El Diablo de estas páginas no es un villano, sino un guía que nos desafía a ver la grandeza en la humanidad de Jesús, María de Magdala, Sara y otros. Les dedico esta obra porque su curiosidad es un acto de valentía, un paso hacia la liberación de las cadenas de la tradición.

Finalmente, a quienes tomen la pluma —literal o metafórica— para escribir su propia verdad, para cuestionar, para resistir: esta novela es su legado. Que estas páginas les inspiren a no enterrar lo que descubren, sino a darle vida. Gracias por acompañar a Juan, por caminar con el Diablo, por atreverse a decidir qué es verdad.

Con gratitud y admiración, José Arturo Sarabia Campos.

## PRÓLOGO

En el corazón de la Ciudad de México, donde las calles empedradas del centro histórico susurran historias de conquista y resistencia, donde los ecos de Tenochtitlán se mezclan con el tañer de las campanas coloniales, comienza una narrativa que desafía los cimientos de la fe, la historia y la verdad. Mi encuentro con el Diablo no es solo una novela; es una excavación en las profundidades de lo que creemos, un viaje que desentraña las capas de mitos religiosos y culturales que han moldeado nuestra percepción del mundo. A través de los ojos de Juan, un periodista desencantado cuya fe católica se tambalea bajo el peso de las revelaciones, esta obra nos invita a cuestionar lo sagrado, a mirar detrás del telón de la tradición y a enfrentar las verdades que han sido enterradas por siglos.

La historia comienza con un hombre común, atrapado en la rutina de una vida que parece desvanecerse entre las páginas de un periódico y las caminatas por el Zócalo. Juan no es un héroe, ni un santo, ni un hereje declarado; es un reflejo de cualquiera que haya sentido el roce de la duda, esa chispa incómoda que surge cuando lo que nos enseñaron choca con lo que intuimos. Su encuentro con una figura enigmática —el Diablo, un ser de ojos rojos y sonrisa burlona— no es un pacto faustiano, sino una danza inquietante que lo lleva a través de un laberinto de verdades ocultas. Cada capítulo es un paso más hacia el abismo, donde las figuras bíblicas como Lilith, Calomena, María de Magdala, Sara y Jesús mismo se revelan no como íconos divinos, sino como seres humanos atrapados en las redes de la historia y la manipulación.

La elección de la Ciudad de México como escenario no es casual. Esta metrópoli, construida sobre las ruinas de Tenochtitlán, es un crisol de sincretismo, donde la cruz cristiana se alza sobre los cimientos de templos mexicas, donde la Virgen de Guadalupe comparte ecos con Tonantzin, y donde las calles

del centro histórico guardan memorias de opresión y resistencia. Cada lugar que Juan visita —el Zócalo, la calle Regina, el Jardín de la Triple Alianza, el Antiguo Colegio de San Ildefonso, la Plaza Manuel Tolsá, la Plaza de Santa Veracruz, la Alameda Central— es más que un escenario; es un personaje vivo que respira la historia de un pueblo que ha sido moldeado por la fe impuesta y la lucha por su identidad. Los objetos que el Diablo deja tras cada encuentro —un pétalo, una pluma, una piedra, una obsidiana, una cruz, una moneda, un anillo, una tela, un colgante, una daga, un cuenco, otra moneda, un crucifijo, un pergamino, una pluma negra— son reliquias que conectan lo sobrenatural con lo terrenal, lo cristiano con lo mexica, lo divino con lo humano.

La narrativa se estructura como una serie de revelaciones, cada una más audaz que la anterior. Desde la desmitificación de Lilith como la primera rebelde, hasta la imagen de María de Magdala como una mujer liberada por un exorcismo real, pasando por la teoría de Jesús como Yuz Asaf, un hombre que sobrevivió a la crucifixión y vivió en Cachemira, la novela dismantela las narrativas religiosas tradicionales. Pero no se detiene ahí: critica la opulencia y corrupción de la Iglesia Católica, su complicidad en las «ratlines» que ayudaron a nazis a escapar, y la construcción del Antiguo Testamento como una antología humana, no divina. Cada capítulo es un golpe que resquebraja la fe de Juan, pero también un ladrillo en la construcción de una nueva perspectiva, una que valora lo humano sobre lo sagrado.

El Diablo, como personaje, es el motor de esta transformación. No es el demonio caricaturesco de la tradición cristiana, sino una figura compleja: sarcástica, provocadora, pero también, en última instancia, sincera. Su motivación, revelada en el capítulo final, no es destruir, sino liberar. Quiere que Juan escriba, que comparta estas verdades con el mundo, que rompa el silencio que ha protegido los mitos de la Iglesia. Este giro transforma al Diablo de un antagonista en un guía, un ser que, a pesar de su condena, busca redención a través de la verdad. Su

relación con Juan evoluciona de la confrontación a una extraña camaradería, reflejada en el momento en que Juan lo ve como «un viejo amigo» que da sin pedir nada a cambio.

El sincretismo mexica-cristiano es un hilo conductor que enriquece la narrativa. Los objetos que el Diablo deja — especialmente la daga con formas serpenteantes, que evoca a Quetzalcóatl, y el cuenco de arcilla, que recuerda la humildad de Yuz Asaf— son puentes entre dos mundos. La Ciudad de México, con sus iglesias construidas sobre templos mexicas, sus plazas que han sido testigos de la conquista y la resistencia, y sus túneles subterráneos que guardan secretos coloniales, es el escenario perfecto para esta exploración. La narrativa sugiere que las verdades ocultas de Jesús y sus seguidores resuenan con las de los pueblos indígenas, cuya espiritualidad fue suprimida por la evangelización. Este paralelismo entre la manipulación de las narrativas bíblicas y la destrucción de la cultura mexica da a la obra una resonancia única en el contexto mexicano.

La transformación de Juan es el corazón de la novela. Comienza como un periodista cansado, atrapado en la rutina y una fe heredada que nunca cuestionó. Cada encuentro con el Diablo lo despoja de una capa de creencias: la divinidad de Jesús, la santidad de la Iglesia, la autoridad del Antiguo Testamento. Pero en lugar de hundirlo en la desesperación, estas revelaciones lo llevan a un punto de acción. En el capítulo final, su decisión de escribir y compartir las verdades del Diablo es un acto de resistencia, un eco de la lucha mexicana contra la opresión colonial y religiosa. El cierre abierto, que invita al lector a decidir si el Diablo tiene razón, es un toque maestro que refleja la ambigüedad de la verdad y la responsabilidad de enfrentarla.

La novela también se distingue por su rigor histórico y teológico. Las revelaciones sobre Lilith y Calomena se inspiran en textos apócrifos y mitologías mesopotámicas. La teoría de Yuz Asaf, aunque especulativa, se basa en tradiciones Ahmadía y leyendas de Cachemira. La crítica a la opulencia y corrupción de

la Iglesia está fundamentada en hechos históricos, desde el Edicto de Milán hasta las «ratlines» de la posguerra. La desmitificación del Antiguo Testamento refleja la crítica bíblica moderna, como la hipótesis documentaria. Estos elementos dan a la obra una base sólida, convirtiéndola en algo más que una ficción: es una provocación intelectual que desafía al lector a investigar por su cuenta.

Sin embargo, *Mi encuentro con el Diablo* no es solo un ejercicio de deconstrucción. Es una celebración de lo humano: de la resistencia de Jesús, de la fuerza de María de Magdala, de la curiosidad de Juan, incluso de la sinceridad del Diablo. Al despojar a estas figuras de su aura divina, la novela las hace más cercanas, más reales. Nos invita a ver la grandeza en lo cotidiano, en la lucha de un hombre que sobrevive a la cruz, en la pluma de un periodista que decide escribir, en la ciudad que guarda las cicatrices de su historia.

La elección de cerrar la narrativa con una pluma negra es profundamente simbólica. En un mundo donde la Iglesia ha usado la escritura para controlar —a través de biblias, bulas y evangelios manipulados—, Juan recibe una pluma para liberar. Es un acto de apropiación, un recordatorio de que la verdad no pertenece a las instituciones, sino a quienes se atreven a contarla. La novela, al presentarse como el producto de los encuentros de Juan, crea una meta-narrativa que involucra al lector como juez de estas verdades, un eco de la tradición mexicana de cuestionar el poder y buscar la justicia.

En última instancia, *Mi encuentro con el Diablo* es una obra sobre el poder de la duda. No busca destruir la fe, sino transformarla, e invitar al lector a mirar más allá de los altares dorados y los textos sagrados, a encontrar la verdad en las grietas de la historia. Es una novela que resuena con la identidad mexicana, con su historia de resistencia frente a la imposición, y con la lucha universal por entender quiénes somos en un mundo de mitos y mentiras. Al cerrar el libro, el lector no solo ha

acompañado a Juan en su viaje; ha sido desafiado a tomar su propia pluma y decidir qué hacer con las verdades que ha encontrado.

El autor.

## CAPÍTULO 1 LA PRIMERA VEZ QUE LO VI

Quiero advertirles que la historia que voy a contarles no se parece a las clásicas narraciones de terror, esas donde todo ocurre en una cabaña aislada en un bosque sombrío, con un grupo de estudiantes estadounidenses que se emborrachan antes de que los ataquen y asesinen uno por uno. Tampoco es una típica historia de romance, en la que una chica humilde y sufrida se enamora de un joven apuesto y millonario, solo para enfrentar el rechazo de su familia por las diferencias sociales, hasta que, tras superar mil adversidades, terminan por celebrar una boda de ensueño y vivir felices para siempre.

Mi relato no recurre a anglicismos innecesarios ni a nombres como Mike, John o Kelly, ni se desarrolla en ciudades como Nueva York, París o Londres. Eso, además de absurdo, la convertiría en una historia más del montón. En cambio, lo que les voy a contar tiene un elemento único y poco común: tuve la «suerte» —si se le puede llamar así— de haber conversado cara a cara con una entidad maligna, un ángel caído... o, mejor dicho, con el diablo mismo.

Antes de sumergirnos en la historia, permítanme presentarme. Me llamo Juan, soy un periodista de 25 años y vivo en la Ciudad de México. Me apasiona recorrer el centro histórico, un lugar que atesora una riqueza cultural y patrimonial incomparable, con sitios emblemáticos como el Templo Mayor, el Palacio Nacional, la Catedral Metropolitana, construcciones antiguas de belleza imponente y museos fascinantes.

Como habrán notado, no soy de los que desprecian lo propio. Al contrario, amo la historia de México, mis raíces, mi país y su gente. Además, disfruto escribir novelas de distintos géneros, aunque siento una inclinación especial por el suspense, el misterio y el terror. En este momento entenderán por qué decidí plasmar

esta experiencia, que combina un toque de esos tres elementos y un ingrediente de mayor intriga: haber dialogado con un ser del inframundo, de presencia imponente y personalidad inquietante, cuya forma de pensar descubrí con lentitud.

Sin embargo, dejemos las introducciones y vayamos al grano. Presten atención, porque todo empezó de esta manera.

Una de esas tardes en que paseé por el centro histórico, decidí visitar el Museo de la Tortura, ubicado en la calle Tacuba. Quedé impactado al contemplar los instrumentos expuestos, herramientas que, con certeza, habían infligido sufrimiento a personas inocentes. No podía salir de mi asombro; sentí una energía oscura y pesada que emanaba de ellos.

De pronto, una voz interrumpió mis pensamientos:

—Veo que los miras con gran atención. ¿Por qué?

Me giré con rapidez para localizar de dónde venía la voz, sin saber si me hablaba a mí o a alguien más. Era un hombre alto, delgado y bien vestido, aunque su aspecto demacrado y sus ojos penetrantes, que parecían brillar en la penumbra, me pusieron nervioso. Su sonrisa siniestra no ayudaba. Le respondí que estaba consternado al imaginar el dolor que los indígenas habrían soportado a manos de los españoles que invadieron nuestro país.

Me observó con fijeza y dijo:

—Permíteme aclararte algo. La Inquisición europea se extendió desde el siglo XVI hasta el XVIII. Esta colección incluye unos 75 instrumentos de humillación pública, algunos para castigos menores y otros ligados a la pena capital. No defiendo a los españoles, pero en México, como colonia de España, el Tribunal del Santo Oficio tuvo un carácter distinto. Aunque era la máxima autoridad para hacer cumplir la ley en la Nueva España, no se enfocaba en los indígenas, sino en musulmanes y judíos. Aquí, los monjes franciscanos y dominicos buscaban guiar las creencias indígenas hacia el cristianismo. Eso no significa que el

trato a las poblaciones nativas fuera compasivo; no obstante, estos instrumentos rara vez se usaron contra ellos.

—Si eso es cierto, entonces las ejecuciones debieron ser pocas —repliqué, al intentar comprender cómo funcionó la Inquisición.

—Así es —respondió—. La ejecución alcanzó a 50 personas, la mayoría por herejía, como practicar el judaísmo, y algunos por brujería náhuatl. Eso sí, cientos sufrieron tormentos físicos y psicológicos, humillaciones y degradación en las cárceles secretas de ‘la Perpetua’.

—¿Dónde estaban esas cárceles secretas? —pregunté con intriga.

—Eran cuatro casas que servían como sede del Tribunal del Santo Oficio, aquí, en la Ciudad de México, en lo que hoy es el Palacio de la Escuela de Medicina de la UNAM. Tenían una sala de audiencia, capilla, juzgados, aposentos para los inquisidores, una cámara de tormento y celdas. El patio central, conocido como el Patio de los Naranjos, albergó a presos como Fray Servando Teresa de Mier, un sacerdote liberal, y José María Morelos y Pavón, el insurgente. Operó durante 296 años, desde 1571 hasta el 31 de mayo de 1820.

Continué la conversación con aquel hombre, que resultó ser un experto en el tema. Conocía cada detalle, por mínimo que fuera, como si hubiera vivido en esa época.

—¿Crees en Dios? —me preguntó de súbito, al mirarme con intensidad.

—¡Qué pregunta! —respondí con una sonrisa—. Claro, soy católico. ¿Quién no? La mayoría creemos en Jesucristo.

—Te equivocas —replicó con firmeza—. A lo largo de la historia, una cosa ha sido Dios Padre y otra Jesucristo. El catolicismo tiene menos de 2000 años. La civilización del valle del

Indo existió entre el 7000 y el 600 a.C., la egipcia entre el 6000 y el 30 a.C., y la china se remonta al 1600 a.C. ¿Cómo podrían haber creído en algo que aún no existía? Además, menos del 25% de la población mundial es católica; eso quiere decir que son la minoría. Incluso Jesucristo y su familia eran judíos practicantes.

—Entonces, ¿Jesucristo fundó el catolicismo o el cristianismo? —pregunté, al aprovechar su conocimiento.

—No fundó el catolicismo —explicó—. Déjame aclararlo: «católico» y «cristiano» se usan como sinónimos, aunque no lo son. El catolicismo es una rama del cristianismo. Todo católico es cristiano; no obstante, no todo cristiano es católico. Según datos, el 71% de las personas creen en Dios; en cambio, solo el 31% de los 7300 millones de habitantes del planeta creen en Jesucristo.

—Oiga, ¿y cómo sabe tanto? ¿Trabaja aquí en el museo? —inquirí.

Sonrió y respondió:

—No, no trabajo aquí. Soy alguien que ha visto la verdad.

—¿Ha visto la verdad? —pregunté con creciente curiosidad.

—Sí, la verdad sobre Dios, la vida, todo —dijo, al clavarme la mirada.

Sus palabras me atraparon, como si revelaran algo que siempre había estado oculto.

—Cuénteme más sobre esa verdad, por favor —le pedí con un tono casi suplicante.

Se acercó y, con un aliento frío que me erizó la piel, susurró:

—Empezaré por decirte que mucho de lo que te han contado es mentira.

—¿Mentira? ¿Cómo que mentira? —repliqué con sorpresa.

—Así ha funcionado la Iglesia Católica por dos milenios — afirmó.

—¿Y usted cómo lo sabe? —pregunté con intriga.

—Porque estuve ahí. Lo presencié —respondió con voz lenta y grave.

—¿Quién es usted? —dije, al retroceder un paso.

—Soy un ángel caído —declaró con un gesto maligno en el rostro.

Me quedé helado. ¿Un ángel caído? ¿Qué significaba eso? Su sonrisa macabra me paralizaba.

—No entiendo —balbuceé.

—Un ángel caído —repitió—. Alguien que estuvo cerca de Dios, aunque cayó en la tentación y se convirtió en un ser de oscuridad.

—¿Me intenta decir que usted es el demonio en persona? —exclamé.

—No lo intento —respondió con una risa—. ¡Te lo estoy diciendo!

Su rostro comenzó a transformarse, al adoptar rasgos demoníacos que me helaron la sangre. Sin aliento, aterrado, solo atiné a preguntar:

—¿Qué quiere de mí?

—Solo charlar —dijo—. No tienes nada que me interese.

—¿No va a pedirme mi alma? —insistí, al temblar.

—Ja, ja, ja, ya tengo muchas —se burló—. Además, no las pido. La gente me invoca para pedirme riquezas, fama o poder a cambio de sus almas.

—Entonces, si no quiere mi alma, ¿qué hace aquí? — pregunté desconcertado.

—Disfruto y admiro estas obras de arte, como tú — respondió.

—¿Cómo puede llamar «obras de arte» a instrumentos que causaron tanto dolor y muerte? —repliqué indignado.

—Depende de cómo los mires —dijo, al tocarme el hombro—. Yo contemplo el ingenio humano para autodestruirse.

Retrocedí para apartar su mano, que desprendía una energía inquietante.

—No deberías temerme —añadió—. Teme a los de tu especie; ellos sí te harán daño, tal vez te maten. Dime, ¿las pistolas, rifles o metralletas se crearon para defenderse de mí o de mis demonios?

—No —admití.

—¿Las bombas nucleares se hicieron para destruir el infierno?

—No.

—¿Las cárceles son para encerrar demonios?

—No.

—¿Los policías existen para imponer orden entre demonios?

—No.

—¿Los soldados luchan en guerras contra demonios?

—No.

—¿Las dos guerras mundiales fueron contra demonios?

—No.

—¿Los demonios derrocan gobiernos y desestabilizan países?

—No —respondí, al darle la razón.

—¿A eso se refiere con «la verdad»? —pregunté.

—La verdad sobre la Iglesia, la fe, todo —confirmó.

—¿Podría ser más específico sobre la Iglesia? —insistí.

—La Iglesia les ha inculcado miedo para controlarlos —explicó—. Les hace temerme sin razón. Durante siglos han dicho: «Si no haces esto o aquello, irás al infierno». Es una cortina de humo. El Vaticano es multimillonario, dueño de burdeles, bancos y propiedades por todo el mundo. Los sacerdotes dicen que la iglesia es la casa de Dios y que tú eres su hijo. A ver, dime: si quedaras en la ruina, sin dónde dormir, ¿te abrirían las puertas?

—No —reconocí.

—¿Por qué, si eres hijo de Dios y católico? —me desafió—. ¿Quién es el malo? ¿Quién es el hipócrita? Hollywood me pinta como el villano, pero los verdaderos villanos fabrican armas, las venden a criminales o a ejércitos, derrocan gobiernos. Yo no he derrocado ninguno. Ellos son xenófobos, racistas, clasistas. Crean guerras para lucrar. Su presidente amenaza al mundo cada mañana.

Sus argumentos me dejaron sin palabras. No iba a dejar de amar a Dios por lo que decía el demonio, aunque, en mucho, tenía razón.

—Cuénteme más, quiero saber en qué más nos han mentado —pedí indignado.

Sonrió con aire misterioso y habló en voz baja:

—La Iglesia no es lo que parece. Hay secretos ocultos, verdades que cambiarían tu forma de pensar y te harían cuestionar todo.

Me sentí confundido, como si escuchara una herejía que, no obstante, sonaba cierta.

—¿Qué secretos? —insistí.

—Sobre su fundación, la verdadera naturaleza de Dios, la fe, la religión —respondió—. Podría transformar tu vida.

Dicho esto, retrocedió y se desvaneció en la oscuridad, al dejarme con más preguntas que respuestas. Intenté detenerlo, al suplicarle que no se fuera, aunque ya había desaparecido.

Me quedé allí, en penumbras, al procesar lo sucedido. ¿Qué secretos serían esos? ¿Qué verdad podría cambiar todo?

Caminé hacia la salida del museo, perdido en mis pensamientos. Al llegar, recordé que había olvidado mi mochila en la sala de exhibición. Regresé por ella y, al entrar, me detuve en seco. Frente a mí, en la pared, había una pintura que no había notado antes: un ángel caído con alas negras y ojos rojos. Un escalofrío me recorrió entero.

Entonces, una voz me sacó de mi trance:

—¿Le gusta la pintura?

Me giré y vi a una mujer sonriente.

—Noté que estuvo más de una hora frente a un instrumento de tortura —dijo—. Parecía que hablaba con alguien, aunque, al acercarme, vi que estaba solo.

Sonreí y respondí:

—No estaba solo. Hablaba con un hombre alto, delgado, vestido de negro.

—Lo siento, pero en verdad no había nadie —replicó—. Estaba usted solo.

—No, debe haber un error. ¡Había alguien! —insistí.

—¿Quiere ver las cámaras de seguridad? —ofreció.

Asentí. En el cuarto de seguridad, me mostró la grabación. Para mi asombro, solo aparecía yo, hablaba y gesticulaba solo como un loco. Avergonzado, me disculpé con la mujer y salí con rapidez.

## CAPÍTULO 2 EL PATIO DE LOS NARANJOS

**S**alí del Museo de la Tortura con el corazón latiendo a mil por hora. La Ciudad de México, con su bullicio habitual, parecía ahora un escenario extraño, como si el mundo a mi alrededor se hubiera desajustado tras lo que viví. Los cláxones de los autos, el murmullo de los transeúntes en la calle Tacuba y el aroma a tacos de canasta de un puesto cercano se sentían irreales, como si pertenecieran a una vida que ya no era del todo mía. Mis pasos resonaban en el pavimento, pero mi mente seguía atrapada en esa sala oscura, en la voz grave de aquel hombre —o lo que fuera— y en la grabación que me mostró la mujer. ¿Cómo era posible que estuviera solo? Hablé con él, lo vi, sentí su presencia. Sus palabras aún resonaban en mi cabeza: «Mucho de lo que te han contado es mentira»

No podía dejarlo pasar. Algo en mí, quizás mi instinto de periodista o mi fascinación por el misterio, me empujaba a buscar respuestas. Decidí que no regresaría a casa hasta esclarecer algo, aunque fuera un indicio de lo que había ocurrido. Mientras caminaba por el centro histórico, con el Zócalo abriéndose imponente frente a mí, recordé lo que aquel ser había mencionado sobre las cárceles secretas de la Inquisición, ubicadas en lo que hoy es el Palacio de la Escuela de Medicina de la UNAM. Si había un lugar donde podía encontrar pistas, era ahí. Sin pensarlo dos veces, tomé un taxi y le pedí al conductor que me llevara a la calle República de Brasil.

El trayecto fue corto, pero cada semáforo se sentía eterno. Miraba por la ventana, perdido en mis pensamientos, mientras las luces de la ciudad parpadeaban como ojos vigilantes. ¿Y si todo había sido una alucinación? ¿O si mi obsesión por escribir historias de terror me jugaba una mala pasada? Pero no, la intensidad de sus ojos, esa energía fría que desprendía, no podía ser producto de mi imaginación. Además, ¿cómo explicaba su

conocimiento detallado de la Inquisición? No era un historiador ni un guía de museo, o eso afirmó. «Soy un ángel caído», había dicho, y aunque la idea sonaba absurda, algo en su tono me hacía creerle.

Llegué al Palacio de la Escuela de Medicina al anoecer. El edificio, con su fachada neoclásica y sus muros de tezontle, se alzaba como un guardián silencioso del pasado. Había visitado el lugar antes, aunque nunca con este propósito. Sus puertas estaban cerradas al público a esa hora, pero mi amigo, Pancho, trabajaba como guardia de seguridad en el turno nocturno. Lo llamé desde mi celular, esperaba que estuviera de servicio.

—Hola Juan, ¿cómo estás? —respondió Pancho, su voz mezclada con el ruido de un radio en el fondo.

—Necesito entrar al palacio, es importante. ¿Estás de guardia? —le pregunté, intentaba sonar calmado.

—¿Entrar? Hermano, el museo está cerrado, y no puedo meter a nadie sin autorización. ¿Qué te traes? —dijo, con un tono entre curioso y preocupado.

—Es... complicado. Te explico cuando te vea, pero por favor, déjame pasar. Solo quiero echar un vistazo al Patio de los Naranjos. No tardo.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Finalmente, Pancho suspiró.

—Está bien, pero si me meto en problemas, tú pagas las cervezas por un mes. Ven a la entrada trasera en diez minutos.

Agradecí y colgué. Mientras esperaba, observé el edificio. La luz de los faroles proyectaba sombras largas sobre los muros, y por un momento me pareció ver una figura moverse en una de las ventanas superiores. Parpadeé, y no había nada. «Cálmate, Juan», me dije, aunque mi pulso se aceleraba.

Pancho me recibió en la entrada trasera, una puerta metálica oxidada que crujió al abrirse. Era un tipo regordete, con una barba desaliñada y una linterna en la mano que iluminaba su rostro con un brillo tenue.

—¿Qué buscas aquí, hermano? —preguntó mientras me guiaba por un pasillo oscuro hacia el patio central—. Esto no es el centro comercial, ¿eh?

—Es una investigación —respondí de forma vaga—. Algo sobre la Inquisición. ¿Sabes algo del Patio de los Naranjos?

Pancho se rió.

—¿El patio? Solo sé que ahí crecen naranjos, y que a veces los estudiantes dicen que está embrujado. Cuentan que se oyen susurros o que ven sombras, pero yo no creo en esas cosas. Trabajo aquí desde hace dos años y nunca he visto nada raro.

—¿Nunca? —insistí, mientras avanzábamos por un corredor lleno de ecos.

—Bueno... —dudó, rascándose la nuca—. A veces, de noche, se siente... pesado. Como si alguien te observara. Pero son cosas mías, ¿no? Este lugar es viejo, y la mente juega trucos.

Llegamos al Patio de los Naranjos, un espacio rectangular rodeado de arcos de piedra y naranjos que desprendían un aroma dulce. La luna llena lo iluminaba todo con un resplandor plateado, haciendo que las sombras de los árboles parecieran bailar. Era hermoso, pero también inquietante. Recordé las palabras del hombre en el museo: «El Patio de los Naranjos albergó a presos como Fray Servando y Morelos». Me pregunté si esas paredes aún guardaban los ecos de su sufrimiento.

—Aquí está —dijo Pancho, al señalar el patio—. ¿Qué quieres hacer? No hay mucho que ver.

—Solo dame unos minutos —respondí, al tiempo que caminaba hacia el centro del patio.

Pancho se quedó cerca de los arcos mientras revisaba su celular. Por mi parte, yo exploraba, tocaba los muros en busca de algo, cualquier cosa: una inscripción, una marca, un indicio de las cárceles secretas. Pero todo parecía normal, solo piedra fría bajo mis dedos. Entonces, un escalofrío me recorrió la espalda. Sentí esa misma energía oscura que había percibido en el museo, como si el aire se volviera más denso.

—¿Buscas algo en particular, Juan? —preguntó Pancho desde la distancia.

No respondí. Mi atención estaba fija en un rincón del patio, donde una sombra parecía más oscura que las demás. Me acerqué poco a poco, con el corazón en la garganta. La sombra no se movía, pero sentía su peso, como si me observara. Al estar a unos pasos, vi que era solo un hueco en la pared, un nicho donde alguna vez pudo haber estado una estatua. Pero dentro del nicho, apenas visible bajo la luz de la luna, había algo grabado: un símbolo extraño, una estrella de cinco puntas con un ojo en el centro, rodeado de líneas que parecían letras en un idioma que no reconocí.

—¿Qué carajos es esto? —murmuré, al tiempo que sacaba mi celular para tomar una foto.

Antes de que pudiera disparar, una voz familiar resonó en el patio, baja y grave, como un eco del inframundo:

—¿Buscas respuestas, Juan?

Me giré con un sobresalto, para buscar al hombre del museo. Pero no había nadie. Pancho seguía en los arcos, ajeno a todo, en tanto miraba su celular.

—¿Quién está ahí? —grité, mi voz temblorosa.

El aire se volvió más frío, y un susurro recorrió el patio, como si las paredes mismas hablaran:

—Estás en el lugar correcto, pero aún no estás listo para la verdad.

—¿Qué verdad? —pregunté, al dar un paso atrás—. ¡Muéstrate!

Una risa suave y siniestra llenó el aire. Luego, silencio. Miré a Pancho, que levantó la vista, confundido.

—¿Qué pasa, Juan? ¿Con quién hablas?

—¿No lo escuchaste? —respondí, con el rostro pálido.

—¿Escuchar qué? —dijo, acercándose—. Actúas raro, hermano.

Señalé el nicho, pero cuando volví a mirar, el símbolo había desaparecido. La pared estaba lisa, como si nunca hubiera estado allí. Mi respiración se aceleró. ¿Estaba perdiendo la cabeza?

—Pancho, había algo aquí, un grabado... —insistí, pero él solo negó con la cabeza.

—Hermano, este lugar pone nervioso a cualquiera. Vámonos, ya es tarde.

No discutí. Salimos del patio, pero mientras caminábamos por los pasillos, sentí que algo me seguía. No era un sonido, ni una sombra, sino una presencia. Al llegar a la salida, Pancho me dio una palmada en el hombro.

—Tranquilo, Juan. Tal vez necesitas dormir.

Asentí, pero no estaba tranquilo. Esa noche, en mi departamento, no pude cerrar los ojos. Cada vez que lo intentaba, veía esos ojos penetrantes, esa sonrisa macabra. Decidí investigar más. Busqué en internet sobre el Palacio de la Escuela de Medicina y la Inquisición. Encontré datos históricos que

confirmaban lo que el hombre había dicho: las cárceles secretas, el Patio de los Naranjos, los presos ilustres. Pero nada sobre símbolos extraños o ángeles caídos.

Entonces, recordé algo. En el museo, el hombre había mencionado a Fray Servando Teresa de Mier. Busqué su nombre y descubrí que era un sacerdote liberal que cuestionó dogmas de la Iglesia, como la virginidad de María y la legitimidad de la conquista. Fue encarcelado por la Inquisición y, según algunos textos, escribió memorias donde mencionaba «encuentros con lo sobrenatural» durante su encierro. ¿Sería posible que este hombre hubiera visto algo similar a lo que yo experimenté?

Al día siguiente, visité la Biblioteca Nacional. Pasé horas revisando archivos, buscando las memorias de Fray Servando. Encontré un libro polvoriento, una edición antigua de sus escritos. Mientras leía, una frase me heló la sangre: «En la penumbra de mi celda, una voz sin cuerpo me habló de verdades que la Iglesia oculta, de un Dios que no es como lo pintan y de un mal que no viene del infierno, sino del corazón humano».

Cerré el libro, con el pulso acelerado. ¿Era una coincidencia? No lo creía. Decidí que mi siguiente paso sería buscar a un experto en historia de la Inquisición. Necesitaba respuestas, no solo para mi curiosidad, sino para mi cordura.

Esa noche, mientras ordenaba mis notas, un golpe en la ventana me hizo saltar. Vivía en un cuarto piso, así que no podía ser un pájaro. Me acerqué con cautela y vi algo que me dejó sin aliento: en el vidrio, grabado como si alguien lo hubiera tallado con un cuchillo, estaba el mismo símbolo del patio, la estrella con el ojo.

Y entonces, la voz volvió, al susurrar desde la oscuridad de mi cuarto:

—Continúa tu búsqueda, Juan. La verdad está más cerca de lo que crees.

### **CAPÍTULO 3 ADAN Y EVA FUERON UN EXPERIMENTO**

Los días posteriores al incidente en el Palacio de la Escuela de Medicina se convirtieron en un torbellino de confusión y miedo. Recorría las calles del centro histórico con la sensación de que el suelo podría abrirse bajo mis pies, como si cada sombra al doblar una esquina perteneciera a una de esas figuras mutiladas que había presenciado en la sala subterránea. Intenté retomar mi rutina —escribir columnas para el periódico, tomar café en la Plaza del Zócalo, perderme entre los puestos de libros usados en Donceles—, aunque nada resultó igual. Mi mente permanecía atrapada en aquellas visiones: los inquisidores arrodillados ante altares profanos, el cráneo con lágrimas negras y la risa de aquel ser que resonaba en mi cabeza.

Decidí no relatar a nadie lo sucedido. ¿Quién me creería? Mis amigos atribuirían mi relato al estrés, mis colegas afirmarían que inventaba una novela con excesiva viveza. Mi madre, devota católica, me llevaría con toda probabilidad a la iglesia más cercana con un rosario en la mano. Por ello guardé silencio, aunque no pude evitar investigar. Dediqué noches a revisar libros de historia, archivos digitales y cualquier referencia a la Inquisición en Nueva España o a esos supuestos pactos con «entidades infernales». Hallé alusiones vagas, leyendas locales sobre túneles bajo la ciudad donde se realizaban rituales, aunque nada en concreto. Todo parecía un rompecabezas sin piezas suficientes.

Una tarde, agotado tras tanta investigación, resolví caminar hacia la Alameda Central para despejarme. Me senté en una banca cerca de la fuente, donde observé a los vendedores ambulantes y a las familias que paseaban, ajenos al peso que cargaba. Cerré los ojos por un instante, en busca de algo de paz, cuando un frío súbito me envolvió. El aire cambió, como si alguien hubiera abierto una ventana al invierno en pleno marzo.

—Te ves perdido, Juan —pronunció una voz conocida, grave y burlona, a mi lado.

Abrí los ojos de inmediato. Allí se encontraba él, sentado en la misma banca, a centímetros de mí. No lo había oído llegar, ni percibí el crujido de la madera ni el movimiento del aire. Era el mismo hombre alto y delgado del museo, aunque su rostro ya no disimulaba su verdadera naturaleza. Sus ojos brillaban con un destello rojo, y su sonrisa revelaba dientes afilados. Vestía de negro, como de costumbre, aunque ahora su ropa parecía antigua.

—¿Qué quieres de mí? —inquirí con la voz temblorosa, a pesar de mi esfuerzo por sonar firme—. Ya me mostraste tu «verdad». ¿No es suficiente?

—No es lo que quiero de ti —respondió, inclinándose hacia mí hasta que sentí su aliento helado en mi cuello—. Es lo que tú deseas de mí. Continúas con tu búsqueda, ¿verdad? Esos libros, esas noches en vela... No puedes abandonar ese empeño.

Guardé silencio, pues tenía razón. No podía desistir. Me aparté un poco en la banca, intentaba ganar distancia, aunque él permaneció inmóvil. Solo me observó con detenimiento, como si pudiera descifrar cada pensamiento que cruzaba mi mente.

—¿Qué descubriste en tus libros? —preguntó con una curiosidad casi auténtica.

—Nada claro —admití, mientras apretaba los puños—. Rumores, mitos. Mencionan túneles bajo la ciudad, rituales secretos, aunque nadie aporta pruebas. Todo parece un cuento.

—Porque quienes conocen la verdad no desean su revelación —afirmó, y su risa retumbó con tal fuerza que provocó que un grupo de palomas cercanas alzara el vuelo—. Sin embargo, tú ya presenciaste una parte. ¿No te resulta suficiente?

—No —repliqué, sorprendido por mi propia valentía—. Si vas a aparecer así, dime al menos algo que valga la pena. Hablas de mentiras, de la Iglesia, aunque ¿qué hay detrás? ¿Qué hay de Dios, del origen de todo?

Sus ojos se entrecerraron, y por un instante creí que había cruzado un límite. No obstante, sonrió con una expresión lenta y peligrosa, y se recostó en la banca como si mantuviéramos una conversación entre amigos.

—¿Deseas hablar del origen? —dijo, al tiempo que cruzaba las piernas—. Bien. Hablemos de Adán y Eva.

—¿Adán y Eva? —repetí, desconcertado—. ¿El Génesis? ¿Qué relación tiene eso?

—Todo —respondió, y su voz descendió a un susurro que me erizó la piel—. Te narraron una historia encantadora, ¿no es así? El jardín del Edén, el hombre y la mujer perfectos, la serpiente tentadora... Yo. El villano de la historia. Sin embargo, como todo lo que te han enseñado, es una verdad a medias.

—¿A medias? —pregunté, incapaz de comprender.

Extendió una mano, y el aire frente a nosotros tembló. Por un momento, percibí una imagen flotante, como un espejismo: un jardín exuberante, árboles cargados de frutos, un río cristalino. Aunque algo estaba mal. El cielo lucía gris, y las sombras se desplazaban entre los árboles, como si poseyeran vida propia.

—Adán y Eva no eran las criaturas inocentes que imaginas —comenzó, mientras la imagen se transformaba—. No fueron los primeros humanos, Juan. Fueron un experimento. Dios no los creó de la nada, como afirma tu Biblia. Los moldeó a partir de algo preexistente, una especie primitiva que habitaba la Tierra mucho antes. Les otorgó conciencia, les concedió voluntad... y luego los abandonó para observar qué ocurriría.

—¿Un experimento? —repliqué, incrédulo—. Eso carece de sentido. La Biblia dice...

—La Biblia expresa lo que los hombres decidieron que expresara —me interrumpió, y la imagen mostró a dos figuras humanas, desnudas, aunque toscas, con rostros que apenas parecían humanos—. Adán y Eva no eran perfectos. Eran torpes, curiosos, llenos de defectos. Y yo no fui una serpiente que se arrastró para tentarlos. Fui quien les abrió los ojos.

—¿Tú? —inquirí, sintiendo que el suelo bajo mis pies se tornaba inestable.

—Sí, yo —respondió, y en la visión apareció una figura alada, brillante, que se aproximaba a las dos criaturas—. No les ofrecí una manzana, Juan. Les brindé conocimiento. Les revelé que podían ser más que marionetas de un dios caprichoso. Y por ello me castigaron, me desterraron al abismo. Aunque ellos... ellos también pagaron un precio.

La imagen cambió nuevamente. Ahora Adán y Eva se hallaban fuera del jardín, rodeados por un paisaje árido y hostil. Sus rostros reflejaban miedo, y tras ellos, el jardín ardía, consumido por llamas negras.

—¿Qué precio? —pregunté, renuente a conocer la respuesta.

—La libertad —declaró, y su voz se tornó más grave, más amarga—. Los dejaron a su suerte, aunque no solos. Dios colocó guardianes, ángeles con espadas de fuego, para asegurar que no regresaran. Y luego llegaron los hombres que escribieron tu Biblia, quienes distorsionaron la historia para culparme a mí. Afirmaron que fui yo quien los condenó, aunque fui yo quien les otorgó una oportunidad.

Lo observé, trataba de procesar sus palabras. Todo lo aprendido en la escuela dominical, en las misas, se deshacía

como ceniza en mi mente. No obstante, no podía aceptarlo con facilidad.

—Si eso es cierto, ¿por qué no lo saben todos? —repliqué—. ¿Por qué permitir que creamos una mentira durante milenios?

—Porque la verdad no fomenta la obediencia —respondió, al señalar a la gente que transitaba por la Alameda, ajena a nuestra conversación—. La Iglesia necesitaba un villano, y yo resulté perfecto para ese rol. Dime, Juan, ¿quién es el verdadero monstruo? ¿El que ofrece conocimiento o el que castiga por buscarlo?

La visión se desvaneció, y el aire recuperó su calidez, aunque yo aún temblaba. Deseaba rebatirle, defender mi fe, aunque sus palabras se clavaban como espinas. Entonces, se inclinó hacia mí, tan cerca que pude ver mi reflejo en sus ojos rojos.

—Adán y Eva no cayeron por mí —susurró—. Cayeron porque anhelaban ser como él. Y él no lo permitió. Ahora dime, ¿aún crees que tu Dios es amor?

Antes de que pudiera responder, un fuerte viento azotó los árboles de la Alameda, lo que levantó polvo y hojas secas. En un instante, él había desaparecido, aunque en el lugar donde permaneció sentado había una marca quemada en la madera, como si algo ardiente la hubiera tocado. Y sobre ella, un solo pétalo negro, seco y quebradizo.

Me levanté con el corazón acelerado y caminé con prisa hacia mi casa. No sabía si lo que me había relatado era verdad, una mentira más o algo intermedio. Sin embargo, una certeza me acompañaba: cada encuentro con él me aproximaba a un abismo del que no estaba seguro de poder regresar. Y mientras el sol se ocultaba tras el horizonte, su última pregunta resonaba en mi mente, como un eco que no me otorgaba paz.

## CAPÍTULO 4 LILITH FUE LA PRIMER MUJER DE ADAN

**L**ogré conciliar el sueño esa noche. El pétalo negro hallado en la banca de la Alameda reposaba ahora sobre mi escritorio, dentro de un frasco de vidrio, como si constituyera una prueba física que no había perdido la razón. Lo observé sin pestañear mientras el reloj señalaba las tres de la madrugada, esa hora silenciosa en la que la Ciudad de México parece contener el aliento. Las palabras del demonio sobre Adán y Eva giraban en mi cabeza como un torbellino. ¿Un experimento? ¿Conocimiento en lugar de tentación? Resultaba una idea tan perturbadora que me llevó a cuestionarlo todo, aunque también despertó en mí un mayor deseo de obtener respuestas.

Resolví salir a caminar, una actividad que siempre me había ayudado a ordenar mis pensamientos. Me puse una chamarra y descendí al Zócalo. Las calles, casi desiertas, solo mostraban algún taxi solitario y los murmullos de los vendedores que recogían sus puestos. La Catedral Metropolitana se erguía ante mí, imponente bajo la luz de la luna; no obstante, esta vez no me transmitió paz. Sus torres parecían observarme, como si conocieran lo que había presenciado, lo que había escuchado. Me detuve en la plaza para respirar el aire fresco, cuando un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. No me encontraba solo.

—Te mueves como si quisieras encontrarme —dijo esa voz inconfundible a mis espaldas.

Me volví despacio. Allí estaba él, de pie junto a una de las lámparas de la plaza. Esta vez no intenté huir ni interrogarlo sobre sus intenciones. Algo en mí —quizá la curiosidad, tal vez la locura— me impulsó a permanecer.

—No pretendo buscarte —respondí, aunque mi voz sonó menos firme de lo que deseaba—. Sin embargo, tú sigues apareciendo.

—Porque tú persistes en hacer preguntas —replicó, al avanzar un paso hacia mí—. La última vez conversamos sobre el origen, sobre Adán y Eva. Mas te dejé con una historia incompleta, ¿no es así?

Asentí, incapaz de negarlo. Él se acercó más, y el aire se tornó denso, impregnado de un olor putrefacto. Se detuvo a mi lado, con la mirada fija en la Catedral, mostraba una expresión que parecía combinar burla y desprecio.

—Te expliqué que Adán y Eva no fueron los primeros en el sentido que imaginas —dijo, con la voz cargada de misterio—. Aunque hay algo más que no te revelé. Adán no comenzó con Eva. Antes de ella, existió otra mujer. Su nombre era Lilith.

—¿Lilith? —repetí, frunciendo el ceño—. ¿Quién era Lilith?

Él giró la cabeza hacia mí, y por un instante, su rostro pareció transformarse, como si la piel se estirara para revelar una forma más demoníaca. Luego recuperó la apariencia del hombre demacrado que ya conocía.

—Lilith fue la primera —respondió, y extendió una mano hacia el aire. Una vez más, una visión tembló ante nosotros: una mujer desnuda, de piel pálida y cabello negro como la noche, caminaba en un paisaje árido. Sus ojos, fieros, casi salvajes, y su postura no reflejaban sumisión alguna—. No la crearon de una costilla, Juan. La formaron al mismo tiempo que a Adán, del mismo polvo, con la misma chispa. Mas Lilith no se asemejaba a Eva. No se doblegaba, no obedecía. Aspiraba a ser igual, no un reflejo.

La visión se transformó, mostraba a Lilith en disputa con una figura masculina que debía ser Adán. Él alzaba las manos, exasperado, mientras ella se alejaba, con el cabello que ondeaba como una bandera de rebeldía. Detrás de ellos, el jardín del Edén se desdibujaba, y en el cielo, una luz brillante los contemplaba.

—¿Qué ocurrió con ella? —pregunté, cautivado por la imagen.

—Se rebeló —respondió el demonio, con un matiz de orgullo en su tono—. Adán quiso dominarla; sin embargo, Lilita no lo permitió. Declaró ante Dios que no se sometería a un hombre que no la superaba. Y cuando Él no le dio la razón, lo abandonó todo. Dejó el Edén por decisión propia, antes de que los expulsaran. No precisó de mi tentación, Juan. Ella ya sabía quién era.

La visión mostró a Lilita que caminaba sola, con sus pies dejando huellas en la arena roja. El cielo se oscureció, y sombras aladas comenzaron a rodearla, figuras que no eran humanas ni celestiales. Ella no les temía; al contrario, parecía recibirlas con agrado.

—¿Y qué le sucedió después? —insistí, con la sensación que cada palabra suya añadía una pieza a un rompecabezas que aún no comprendía por completo.

—Se transformó en algo más —respondió él, y la visión se tornó borrosa, mostraba a Lilita con alas propias, negras y membranosas, su cuerpo convertido en algo que ya no era humano—. Los hombres que escribieron tu Biblia la eliminaron, la transformaron en un mito, una bruja, un demonio. Afirmaron que se unió a mí, que fue mi amante, mi reina en el infierno. Aunque la verdad es que Lilita no dependía de nadie, ni de mí ni de Dios. Escogió su propio camino.

—¿Por qué no aparece en la Biblia, entonces? —pregunté, con la mente tambaleándose—. Si fue la primera mujer, ¿por qué solo conocemos a Eva?

—Porque Eva resultó más conveniente —dijo él, y su risa resonó seca y cortante—. Eva fue la segunda, creada de Adán para que fuera sumisa, para que encajara en el plan. Lilita representaba un error, una chispa que no pudieron controlar. Los escribas la borraron de la historia; no obstante, no lograron

eliminarla por completo. Su nombre pervive en susurros, en textos prohibidos, en las pesadillas de quienes saben escuchar.

La visión se desvaneció, y él me observó sin pestañear, como si aguardara mi reacción. Mi mente bullía de preguntas, aunque una destacaba sobre las demás.

—¿Y tú qué relación tienes con ella? —inquirí, desafiándolo con la mirada—. Si no la tentaste, si no la necesitabas, ¿por qué la mencionas?

—Porque la admiro —respondió, y por primera vez, su tono perdió algo de su habitual sarcasmo—. Lilith percibió la verdad antes que nadie. Comprendió que el paraíso era una jaula y prefirió el desierto a las cadenas. No provoqué su caída, Juan. Ella me encontró después, cuando ya era libre. Y juntos... digamos que causamos algunos problemas a tu Dios.

Se rio, un sonido que hizo temblar las lámparas de la plaza. Permanecí en silencio, trataba de asimilar lo que acababa de escuchar. Lilith, una mujer que no encajaba en el relato que me habían enseñado, una figura borrada, aunque imposible de olvidar. Y este ser, este demonio, hablaba de ella con algo que casi parecía respeto.

—¿Por qué me revelas esto? —pregunté al fin, con la voz apenas audible—. ¿Qué ganas con que lo sepa?

Él se inclinó hacia mí, tan cerca que pude distinguir las grietas en su piel ajada, opaca, flácida y sin firmeza.

—Porque deseo que comprendas, Juan —susurró—. Que descubras cómo han distorsionado la historia desde el principio. Adán, Eva, Lilith... todos son piezas de un juego mayor. Y tú, con tus preguntas, has comenzado a participar en él.

Antes de que pudiera responder, un trueno retumbó en el cielo, aunque no había nubes. La plaza se sumió en la oscuridad por un instante, y cuando la luz regresó, él ya no estaba. En el

suelo, donde había estado, hallé una pluma negra, más grande que la de cualquier ave conocida. La recogí con manos temblorosas y la guardé en mi bolsillo, para colocarla junto al pétalo negro.

Camine hasta la casa, con la mente en llamas. Lilith. Una primera mujer que se rebeló, que eligió la libertad sobre la obediencia. Si lo que él afirmaba era cierto, todo lo que sabía sobre el Génesis era una fachada. Aunque, ¿cómo podía confiar en un ser que admitía ser un ángel caído? ¿Y por qué sentía que, con cada encuentro, me hundía más en un abismo sin salida?

Al llegar a mi departamento, extraje la pluma y el pétalo y los coloqué junto al frasco. Eran pruebas, fragmentos de algo que aún no comprendía del todo. Sin embargo, una certeza me embargaba: no podía detenerme ahora. Había rozado el borde de la verdad, y aunque me consumiera, debía continuar.

## CAPÍTULO 5 EVA Y YO TUVIMOS UNA HIJA

Los días pasaron como una niebla espesa. Mi vida cotidiana —el periódico, las calles del centro histórico, las charlas con amigos— se sentía como un eco lejano, un telón de fondo que apenas podía tocar. Mi mente estaba atrapada en otro lugar, en las palabras del demonio, en las imágenes que me había mostrado, en esa pluma negra y ese pétalo que ahora descansaban en mi escritorio como reliquias de un sueño que no podía despertar. Lilith aún rondaba mis pensamientos: una mujer rebelde, una sombra borrada de la historia. Pero algo en la forma en que él habló de ella, con esa mezcla de admiración y distancia, me hacía sospechar que había más por contar.

Esa noche, incapaz de dormir otra vez, decidí salir al balcón de mi departamento. La Ciudad de México se extendía frente a mí, un mar de luces punteado por las siluetas de la Catedral y el Palacio Nacional. El aire estaba fresco, pero había una quietud extraña, como si el mundo contuviera el aliento. Encendí un cigarro —un hábito que había abandonado pero que ahora parecía necesario— y dejé que el humo se elevara en volutas hacia el cielo oscuro. Fue entonces cuando lo sentí: un frío que no venía del viento, sino de algo que se acercaba.

—No te sienta bien el tabaco —dijo su voz, cortante y familiar, desde la esquina del balcón.

Tuve un sobresalto, y el cigarro se me cayó de las manos, rodó hasta el borde. Allí estaba él, apoyado contra la barandilla como si hubiera estado esperándome toda la noche. Sus ojos rojos brillaban en la penumbra, y su sonrisa era más macabra que nunca. Esta vez no intenté esconderme ni enfrentarlo con preguntas desafiantes. Solo lo miré, cansado pero curioso.

—¿Qué quieres ahora? —pregunté, mi voz ronca por el humo y el cansancio—. ¿Más historias de Lilith? ¿Más verdades que no puedo soportar?

Él rio, un sonido que vibró en el metal de la barandilla y me erizó la piel.

—Lilith es un buen comienzo, pero no todo gira alrededor de ella —dijo, al dar un paso hacia mí—. Te conté que no la tenté, que no la hice caer. Y hay algo más que debes saber: nunca tuve relaciones con ella. No como los mitos dicen.

Fruncí el ceño, confundido. —Entonces, ¿todos esos cuentos sobre Lilith como tu amante, tu reina en el infierno...?

—Mentiras —interrumpió, al levantar una mano huesuda—. Invenciones de hombres asustados que no podían entender a una mujer libre. Lilith y yo compartimos un entendimiento, una rebelión contra el mismo tirano. Pero mi camino y el suyo nunca se cruzaron de esa manera. Ella era demasiado... pura en su furia como para necesitarme así.

Hizo una pausa, y sus ojos se clavaron en mí con una intensidad que me hizo retroceder un paso. Luego, su sonrisa se torció, adquiriendo un aire más oscuro, más íntimo.

—Pero con Eva... eso fue diferente —susurró, y el aire a mi alrededor pareció oscurecerse.

—¿Eva? —repetí, mi corazón acelerándose—. ¿Qué tienes que ver con Eva?

Él extendió ambas manos, y una vez más, una visión tembló frente a mí. Era el Edén otra vez, pero esta vez no había jardín exuberante. Era un paisaje árido, después de la expulsión. Adán estaba allí, agotado, construyendo un refugio con ramas secas. Y a su lado estaba Eva, su rostro marcado por el cansancio y algo más: una chispa de resentimiento. Entonces lo vi a él, el demonio,

acercándose desde las sombras, no como una serpiente, sino como una figura alada, brillante y peligrosa.

—No fue solo el conocimiento lo que le di a Eva —dijo, mientras la visión seguía su curso—. Después de que los echaron, Adán se volvió distante, amargado. La culpaba por todo. Y Eva... ella estaba sola, vulnerable, llena de preguntas que él no podía responder. Yo volví a ella, Juan. No para destruirla, sino porque me buscó.

En la visión, Eva levantó la vista hacia él. No había miedo en sus ojos, sino una mezcla de curiosidad y desafío. Él le habló, y aunque no podía oír las palabras, vi cómo ella se acercaba, cómo sus manos se rozaban. Luego, la imagen se volvió borrosa, pero no antes de que viera algo que me heló la sangre: Eva, meses después, sosteniendo a una niña en sus brazos, una niña con ojos oscuros que brillaban como los de él.

—¿Qué significa esto? —pregunté, mi voz temblorosa—. ¿Qué hiciste?

—Eva y yo tuvimos una hija —confesó, y su tono era una mezcla de orgullo y algo más profundo, algo que no podía descifrar—. Su nombre era Calomena.

—¿Calomena? —dije, incrédulo—. Eso no está en ninguna parte de la Biblia. Adán y Eva tuvieron a Caín, Abel, Set...

—Porque Calomena no encajaba en su historia —me contó, y la visión mostró a la niña creciendo, su cabello negro como la noche, su piel pálida como la de Lilith, pero con una presencia que emanaba poder—. Ella nació antes que los otros, antes de que Adán sospechara algo. Eva la escondió, la protegió. Pero Calomena no era humana del todo, Juan. Era mía también. Y eso la hacía diferente.

La visión cambió de nuevo. Calomena, ahora adolescente, caminaba entre las sombras de un mundo primitivo. Los animales huían de ella, y el cielo se oscurecía a su paso. Sus ojos eran

como los de su padre, rojos y profundos, y su risa resonaba como un eco del demonio que estaba frente a mí.

—¿Qué pasó con ella? —pregunté, sintiendo un nudo en el estómago.

—Calomena fue libre, como Lilith —respondió él—. Pero más peligrosa. Heredó mi esencia, mi rebeldía, y algo de la humanidad de Eva. No se quedó con Adán ni con Eva. Se fue, construyó su propio camino. Algunos dicen que fue la madre de sombras, de criaturas que los hombres después llamaron demonios. Otros, que simplemente desapareció. Pero su sangre sigue ahí, en algún lugar, corriendo por la tierra.

La visión se desvaneció. Él me miró, esperaba mi reacción. Yo estaba congelado, trataba de procesar lo imposible. Eva, la madre de la humanidad, con una hija del diablo. Calomena, un nombre que nunca había oído, pero que ahora resonaba en mi mente como un tambor lejano.

—¿Por qué me cuentas esto? —dije al fin, mi voz apenas audible—. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Todo tiene que ver contigo —respondió, acercándose hasta que su rostro estuvo a centímetros del mío—. Buscas la verdad, Juan. Y la verdad es que tu historia, la de todos, está construida sobre secretos como este. Calomena fue el primer fruto de una unión que no debían conocer. Y hay más, mucho más, escondido en las grietas de lo que llamas fe.

Antes de que pudiera decir algo, un viento helado sopló a través del balcón, y se apagaron las luces de mi departamento. Parpadeé, y cuando volví a mirar, él ya no estaba. Pero en el suelo, donde había estado, había una pequeña piedra negra, tallada con un símbolo que no reconocí: una espiral cruzada por una línea curva. La recogí, dudoso, y la guardé junto a la pluma y el pétalo.

Me quedé allí, contemplaba la ciudad, con la cabeza llena de preguntas. Calomena. Una hija del demonio y Eva. Si esto era cierto, entonces todo lo que sabía sobre el origen de la humanidad era una mentira. Pero ¿Cómo podía creerle a él? ¿Y por qué sentía que, con cada revelación, algo dentro de mí se rompía y se reconstruía al mismo tiempo?

Esa noche no dormí. No podía. La verdad, o lo que fuera que él me daba, era un peso que no sabía si podía cargar.

## CAPÍTULO 6 LILITH Y EL PUEBLO DE LOS GENTILES

Los días se volvieron más pesados después de aquella noche en el balcón. La piedra negra con su extraño símbolo se unió al frasco con el pétalo y la pluma, lo que formaba un altar improvisado de cosas que no entendía pero que no podía ignorar. Intenté seguir con mi vida —escribir artículos, caminar por el centro histórico, fingir normalidad—, pero todo se sentía vacío, como si el mundo que conocía se hubiera agrietado y algo oscuro se colara por las fisuras. Calomena, la hija de Eva y el demonio, era una idea que no podía sacarme de la cabeza. ¿Qué significaba eso para la humanidad? ¿Qué significaba para mí?

Esa tarde, después de un día agotador en la redacción, decidí refugiarme en el Templo Mayor. Siempre me había fascinado ese lugar, sus ruinas silenciosas que hablaban de un México anterior a la conquista, de dioses como Huitzilopochtli y Tláloc que exigían sangre y reverencia. Caminé entre las piedras desgastadas, mientras dejaba que el murmullo de los turistas y el eco del tráfico se desvanecieran. Me detuve frente a la zona de las serpientes emplumadas, para admirar los relieves, cuando una sombra se proyectó sobre mí, más fría y densa de lo que el sol permitía.

—No te cansas de buscar respuestas en ruinas, ¿verdad?  
—dijo su voz, cavernosa.

Me giré con lentitud, ya sin sorprenderme. Allí estaba él, de pie junto a una de las columnas de basalto, con su figura siniestra, ojos rojos profundos que atravesaban el alma, y su inconfundible sonrisa espectral. Esta vez no retrocedí ni intenté huir. Solo lo miré y esperé.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, mi voz más firme que nunca—. ¿Aparecerás cada vez que intento pensar?

—Solo vengo cuando me necesitas —respondió, al dar un paso hacia mí. El aire se volvió más pesado, como en ocasiones anteriores, con un olor a ceniza y algo dulce, como flores marchitas—. Y sé que tienes preguntas, Juan. Sobre Calomena, sobre Eva... sobre Lilith.

Fruncí el ceño, atrapado otra vez por su juego. —Dijiste que Lilith se fue, que eligió su propio camino. ¿A dónde fue? ¿Qué pasó con ella después de dejar el Edén?

Él inclinó la cabeza, como si evaluara cuánto estaba dispuesto a soportar. Luego extendió una mano, y el aire frente a nosotros tembló, al formar una visión familiar pero distinta. Era Lilith otra vez, que caminaba sola por un desierto rojo, su cabello negro ondeaba como una bandera de lucha. Pero esta vez no estaba rodeada de sombras aladas. El paisaje cambió, y vi un pueblo primitivo: chozas de barro y paja, fuego que tronaba en el centro, figuras humanas danzantes cubiertas con pieles y plumas alrededor de un altar tallado con símbolos extraños.

—Lilith no se quedó sola por siempre —dijo él, mientras la visión seguía su curso—. Después de abandonar el Edén, vagó por la Tierra, libre, pero en busca de algo. Encontró a los gentiles, una tribu que no conocía al Dios de Adán ni sus reglas. Ellos creían en otros dioses, fuerzas de la tierra, del cielo, del caos. No eran santos ni demonios, solo personas que exigían respeto, no obediencia ciega.

En la visión, Lilith se acercó al pueblo. Las figuras dejaron de danzar y la miraron, no con miedo, sino con asombro. Ella levantó las manos, y su voz —aunque no podía oírla— parecía resonar en el aire. Uno de los gentiles, un hombre con un tocado de plumas negras, se arrodilló ante ella, ofreciéndole un cuenco de barro lleno de un líquido oscuro.

—¿Qué hicieron con ella? —pregunté, incapaz de apartar la vista.

—La acogieron —respondió él, y su tono tenía un matiz de satisfacción—. No la vieron como una extraña ni como un demonio. Para ellos, Lilith era una diosa viva, una fuerza que había desafiado al cielo y sobrevivido. Le dieron un lugar entre ellos, la veneraron. Y ella, a cambio, les enseñó cosas... cosas que el Dios de Adán nunca les habría permitido saber.

La visión mostró a Lilith sentada en un trono rudimentario, rodeada de gentiles que la miraban con reverencia. Frente a ella, un fuego ardía, y las sombras que proyectaba danzaban como si tuvieran vida propia. Vi cómo tallaban figuras en su honor, estatuas toscas de una mujer con alas y ojos fieros, y cómo ofrecían sangre y frutos en su nombre.

—¿Qué cosas les enseñó? —insistí, al sentir que cada palabra suya era un paso más hacia un abismo.

—Les enseñó a ver el mundo como es —dijo él, y la visión cambió, mostraba a Lilith que guiaba a los gentiles en rituales bajo la luna, sus manos trazaban símbolos en la tierra—. Les habló del equilibrio, del poder que yace en la sangre y la voluntad. Les dio el conocimiento que yo le había ofrecido a Eva, pero sin las cadenas del Edén. Los gentiles no la temían, Juan. La adoraban porque ella les mostró que no había un solo dios, sino muchos, y que ninguno tenía derecho a controlarlos.

La visión se volvió más oscura. Vi tormentas que azotaban al pueblo, pero los gentiles no huían; cantaban, al tiempo que alzaban las manos hacia el cielo. Lilith estaba entre ellos, sus alas negras desplegadas, su rostro sereno pero feroz. Luego, la imagen se desvaneció, dejándome con el eco de sus cantos en la cabeza.

—¿Y qué pasó después? —pregunté, mi voz temblorosa—. ¿Qué fue de Lilith y los gentiles?

—Lilith se quedó con ellos por un tiempo —respondió él, acercándose hasta que su sombra me cubrió—. Los guio, los fortaleció. Pero no era de las que se atan a un solo lugar.

De manera eventual, se fue, mientras dejaba tras de sí un legado que los hombres del Dios único intentaron borrar. Los gentiles siguieron venerándola, incluso cuando otros pueblos los llamaron paganos y los persiguieron. Su culto sobrevivió en las sombras, en los rincones que tu Iglesia no pudo alcanzar.

Hizo una pausa, y sus ojos se clavaron en los míos. —Pero no todo se perdió, Juan. Hay ecos de Lilith en este mismo lugar —dijo, señalando las ruinas del Templo Mayor—. Los dioses de tus ancestros, los que pedían sangre y ofrendas, no eran tan distintos de los que ella conoció. Tal vez por eso te atrae tanto este sitio.

Me quedé helado, miraba las serpientes emplumadas a mi alrededor. ¿Podía ser cierto? ¿Había una conexión entre Lilith y las creencias prehispánicas? La idea era tan abrumadora que apenas podía procesarla.

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunté por enésima vez, aunque sabía que su respuesta nunca sería simple.

—Porque buscas raíces, Juan —respondió, y su voz era un susurro que se colaba en mi mente—. Y las raíces de Lilith están más cerca de ti de lo que crees. Ella no fue solo una rebelde. Fue una madre de ideas, de pueblos que no se inclinaron ante un solo cielo. Y tú, con tus preguntas, estás desenterrándola.

Antes de que pudiera replicar, un viento fuerte sacudió las ruinas. Las luces de los postes parpadearon y el cielo relampagueó, cuando volví a mirar, él ya no estaba. Pero en el suelo, donde estuvo parado, había un fragmento de obsidiana, afilado y brillante, con un grabado tenue que parecía una figura alada. Lo recogí y guardé junto a las otras piezas que él me había dejado.

Caminé de regreso a casa, con la mente confusa. Lilith, los gentiles, un pueblo que la vio como diosa. Si él decía la verdad, entonces la historia no era solo una mentira del Génesis, sino algo mucho más grande, que conectaban al Edén con estas tierras. Pero ¿cómo podía separar la verdad de sus palabras? ¿Y por qué sentía que, con cada encuentro, me acercaba más a algo que no estaba seguro de querer encontrar?

Esa noche, mientras miraba la obsidiana bajo la luz de mi lámpara, supe que no había vuelta atrás. Lilith, Calomena, Eva... todas eran piezas de un rompecabezas que él estaba armando frente a mí. Y yo, como un tonto, las recogía.

## CAPÍTULO 7 JESUCRISTO NO FUE HIJO ÚNICO

**E**l fragmento de obsidiana se había unido a mi colección de objetos extraños: el pétalo negro, la pluma, la piedra tallada. Cada uno era un recordatorio de mis encuentros con él, de las grietas que sus palabras abrían en mi mundo. Intenté seguir adelante, enfocarme en mi trabajo, pero cada rincón del centro histórico parecía susurrar su presencia. La Catedral, el Templo Mayor, las calles empedradas... todo estaba teñido por las historias que me había contado: Lilith, Calomena, los gentiles. Y aunque quería dejarlo atrás, una parte de mí sabía que él no había terminado conmigo.

Esa noche, después de una jornada agotadora en el periódico, decidí caminar por la calle Madero. Las luces de las tiendas y los puestos ambulantes llenaban el aire de un bullicio que por lo general me reconfortaba, pero esta vez solo me hacía sentir más solo. Me detuve frente a la Iglesia de San Francisco, un edificio colonial que siempre me había parecido un refugio de paz. Estaba mirando las puertas talladas, perdido en mis pensamientos, cuando el aire se enfrió de golpe, y un olor a ceniza y azufre inundó mis sentidos.

—¿Buscas consuelo en otro templo? —dijo su voz, burlona y cercana, desde mi izquierda.

No me giré de inmediato. Sabía que estaría allí, con esa sonrisa burlona. Cuando al fin lo miré, estaba apoyado contra una de las columnas de la iglesia, su figura oscura contrastaba con la piedra desgastada. Sus manos estaban cruzadas, y una mirada de diversión.

—¿Qué quieres ahora? —pregunté, cansado pero resignado—. ¿Más historias sobre Lilith? ¿Sobre Calomena?

Él negó con la cabeza, mientras daba un paso hacia mí. — No, Juan. Esta vez vamos más adelante en la línea del tiempo. Hablemos de alguien que conoces bien... o qué crees conocer. Hablemos de Jesús.

Fruncí el ceño, sentía un nudo en el estómago. —¿Jesús? ¿Qué tienes que decir de él? ¿Que no existió? ¿Que todo es otra mentira?

—Oh, no —respondió, y su risa fue un eco que rebotó en las paredes de la iglesia—. Jesús existió, claro que sí. Caminó por la Tierra, habló, murió. Pero la historia que te contaron está... incompleta. ¿Sabías que no fue hijo único?

—¿Qué? —dije, desconcertado—. La Biblia dice que María y José...

—La Biblia dice muchas cosas —me interrumpió, al tiempo que levantaba una mano—. Pero omite otras. Jesús tuvo hermanos, Juan. Cuatro, para ser exactos: Santiago, José, Simón y Judas. Además de dos hermanas: María y Salomé.

Me quedé helado, trataba de procesar sus palabras. — ¿Hermanos y hermanas? Eso no puede ser cierto. María era virgen, la Iglesia siempre...

—¿Siempre qué? —me interrumpió, con su tono de voz afilado como una navaja—. ¿Siempre te dijo lo que querían que creyeras? María después con José, tuvo más hijos. Era una familia normal, no un mito intocable. Los evangelios mencionan a sus hermanos, aunque los han tergiversado para que parezcan primos o seguidores. Pero eran de sangre.

Extendió una mano, y el aire frente a nosotros tembló, para formar una visión. Vi una aldea polvorienta, casas de adobe bajo un sol abrasador. En el centro, un hombre joven —Jesús, supuse— hablaba con un grupo de personas. A su lado estaban otros, más jóvenes, mirándolo con una mezcla de orgullo y recelo. Uno era alto y serio, otro más bajo y de mirada inquieta. Dos

mujeres, una de rostro dulce y otra de expresión firme, observaban desde la puerta de una casa.

—Santiago fue el mayor después de Jesús —dijo el demonio y señaló al hombre alto—. Lo llamaron «el Justo», lideró a los seguidores después de la cruz. José era más callado, un carpintero como su padre. Simón era impulsivo, siempre cuestionaba. Y Judas... bueno, no el Iscariote, sino otro Judas, más leal de lo que crees. Las hermanas, María y Salomé, se mantenían al margen, pero también cargaban con el peso de ser familia de alguien que no encajaba.

La visión cambió, mostraba a Jesús que discutía con ellos. Santiago parecía frustrado, gesticulaba al hablar. Las mujeres intentaban mediar, pero había tensión en el aire. Luego, la imagen se desvaneció, dejándome con más preguntas que respuestas.

—¿Por qué no lo sabemos? —pregunté, mi voz temblorosa—. Si tuvo hermanos y hermanas, ¿por qué la Iglesia lo oculta?

—Porque un Jesús humano, con una familia desordenada, no es tan divino —respondió él, y su sonrisa se torció—. Querían un dios, no un hombre. Si María tuvo más hijos, deja de ser la Virgen eterna, y si Jesús tuvo hermanos que dudaron de él, deja de ser perfecto. Los evangelios de Marcos y Mateo mencionan a sus hermanos, pero la Iglesia los reinterpreto. No querían manchas en su mito.

Me apoyé contra la pared de la iglesia, sentía que el suelo se movía bajo mis pies. Todo lo que había aprendido en las misas, en las clases de catecismo, se deshacía como arena. Pero no podía dejarlo ahí.

—Y tú... ¿qué tienes que ver con eso? —dije, mirándolo de manera fija—. ¿Estuviste ahí? ¿Qué sabes de Jesús?

Él se acercó, tan cerca que sentí el frío de su presencia. —Estuve ahí, Juan. Lo vi crecer, lo vi hablar, lo vi morir. No era como

lo pintan ahora, un cordero manso. Era un rebelde, como Lilith, como yo. Pero no intenté tentarlo, si eso piensas. Él ya tenía suficiente con sus propios demonios... y los de su familia.

—¿Qué significa eso? —pregunté, mi corazón acelerándose.

—Significa que Jesús no estaba solo en su cruz —susurró, y sus ojos brillaron con un rojo más intenso—. Sus hermanos lo cuestionaron, algunos lo siguieron, otros lo ignoraron. Santiago terminó por liderar, pero no sin sangre y disputas. La familia no era el cuadro santo que te vendieron. Eran humanos, con celos, dudas, peleas. Y yo... yo solo observé, porque no necesitaba intervenir. Ellos mismos se encargaron de complicarlo todo.

La visión volvió por un instante, mostraba a Jesús en la cruz, pero esta vez vi figuras al pie, entre la multitud. Reconocí a Santiago, con el rostro endurecido, y a una de las hermanas —quizá Salomé— miraba con lágrimas contenidas. Luego, todo se desvaneció.

—¿Por qué me cuentas esto? —dije, en voz alta—. ¿Qué ganas con que dude de Jesús, de mi fe?

Él retrocedió un paso, y su sonrisa se suavizó. —No quiero que dudes, Juan. Quiero que veas. Jesús no necesita ser un mito para ser real. Pero la Iglesia lo envolvió en mentiras para controlarte. Sus hermanos, sus hermanas, son prueba de que era humano, no un ídolo de mármol. Y tú, con tus raíces católicas, mereces saberlo.

Un trueno retumbó en el cielo, aunque estaba despejado. Las campanas de la iglesia sonaron una vez, un eco grave que vibró en mi pecho. Parpadeé, y él ya no estaba. En su lugar, en el suelo, había una cruz pequeña de madera, tallada de forma tosca, como algo que un carpintero novato habría hecho. La recogí con manos temblorosas y la guardé en mi bolsillo.

Caminé de regreso a casa, con la mente en caos. Jesús, con cuatro hermanos y dos hermanas. Una familia humana, no divina. Si él decía la verdad, entonces la fe que me habían inculcado era otra fachada. Pero ¿cómo podía confiar en un ángel caído? ¿Y por qué sentía que, con cada revelación, me acercaba más a un borde del que no podría regresar?

Esa noche, puse la cruz junto a los otros objetos en mi escritorio. Eran más que pruebas ahora; eran un mapa hacia algo que aún no podía descifrar. Y mientras miraba la ciudad desde mi ventana, supe que él volvería. Siempre volvía.

## CAPÍTULO 8 JESUCRISTO NO ERA BLANCO NI ALTO

La cruz de madera se había unido a mi colección de objetos inquietantes, cada uno un fragmento de las revelaciones que él me arrojaba como si fueran piedras al agua, perturbaban la superficie de mi realidad. Intenté volver a mi rutina, pero era inútil. Cada vez que pasaba por una iglesia o veía una figura religiosa en las calles —un Cristo en una cruz, una Virgen en un altar improvisado—, las palabras del demonio resonaban en mi cabeza. Jesús con hermanos, una familia humana, un rebelde... Era demasiado para ignorar, pero no suficiente para aceptarlo.

Esa tarde, después de entregar un artículo sobre el tráfico en la ciudad, decidí caminar hacia el Palacio de Bellas Artes. El edificio, con su cúpula dorada y sus muros de mármol, siempre me había parecido un refugio de belleza en medio del caos. Me senté en una de las bancas de la explanada, para observar a los artistas callejeros y a los turistas que tomaban fotos. El sol estaba bajo, teñía el cielo de un naranja profundo, cuando el aire se enfrió de repente, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—No te cansas de estos lugares, ¿verdad? —dijo su voz, grave y burlona, a mi lado.

No me sobresalté esta vez. Ya estaba acostumbrado a su manera de aparecer, como una sombra que se materializa sin aviso. Lo miré de reojo: estaba sentado en la banca, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en su regazo. Sus ojos rojos brillaban bajo la luz del atardecer, y su sonrisa era tan afilada como siempre.

—¿Qué tienes para mí ahora? —pregunté, con un tono que mezclaba cansancio y curiosidad—. ¿Más sobre los hermanos de Jesús? ¿Sobre su familia?

Él inclinó la cabeza, como si evaluara mi estado de ánimo. —No con exactitud, Juan. Esta vez quiero hablarte de él mismo. De cómo era Jesús, no como lo imaginas, sino cómo en realidad fue.

Fruncí el ceño, intrigado a pesar de mí mismo. —¿Cómo era? ¿Te refieres a su carácter? Ya dijiste que era un rebelde.

—No solo eso —respondió, y su voz bajó a un susurro que me erizó la piel—. Hablo de su apariencia, de lo que veías si lo mirabas a los ojos. La Iglesia te lo pinta como un hombre de piel blanca, cabello largo y ojos claros, ¿verdad? Una figura sacada de un cuadro europeo. Pero eso es otra mentira.

Extendió una mano y el aire frente a nosotros tembló para formar una visión. Era una calle polvorienta en una aldea de Palestina, con casas de adobe y gente moviéndose entre el calor abrasador. En el centro, un hombre caminaba. No era alto ni imponente. Medía poco más de 1.65 metros, el promedio de la gente de su tiempo y lugar. Su piel era morena, curtida por el sol, como la de los campesinos que lo rodeaban. Su nariz era chata, sus facciones marcadas pero comunes, y su cabello, oscuro y algo desaliñado, le caía apenas por encima de los hombros. Vestía una túnica sencilla, gastada, del color de la tierra.

—Este era Jesús —dijo el demonio, mientras la visión se enfocaba en su rostro—. No un dios de mármol, no un príncipe de ojos azules. Era un hombre de Palestina, Juan. Su piel era como la de los que trabajaban la tierra, sus manos callosas de ayudar a José en la carpintería. No destacaba por su altura ni por su belleza. Si lo vieras en una multitud, no lo notarías a menos que hablara.

La visión mostró a Jesús deteniéndose para hablar con un grupo de personas. Sus ojos, oscuros y profundos, brillaban con una intensidad que no necesitaba adornos. Su voz —aunque no la oía— parecía captar a todos, desde niños hasta ancianos. Pero

no había nada en él que gritara divinidad, nada que lo separara del resto, salvo esa chispa en su mirada.

—¿Por qué importa cómo lucía? —pregunté, mi voz temblaba un poco—. Lo que importa es lo que hizo, lo que dijo.

—Importa porque te han vendido una imagen falsa —respondió él, y su tono se volvió más duro—. La Iglesia lo blanqueó, lo hizo europeo, porque no podían aceptar que su salvador fuera un hombre moreno de un rincón olvidado del mundo. Querían un ícono, no una persona. Pero Jesús no era eso, Juan. Era de carne y hueso, como tú, como la gente de estas tierras. Su apariencia refleja dónde nació, quién era: un palestino, no un rey de vitrales.

La visión cambió, mostraba a Jesús caminar entre campos áridos, su túnica ondeaba con el viento. A su lado iban otros —Santiago, tal vez, y una de las hermanas—, todos con la misma piel morena, las mismas facciones marcadas por el sol. Luego, la imagen se desvaneció, dejándome con una sensación extraña en el pecho.

—¿Y tú lo viste así? —pregunté, girándome hacia él—. ¿Estuviste cerca de él?

—Más cerca de lo que crees —respondió, y por un instante, su sonrisa se desvaneció, remplazada por algo que casi parecía nostalgia—. Lo vi crecer, lo vi enfrentarse a los poderosos, lo vi sangrar. No necesitaba ser alto ni blanco para cambiar el mundo. Su fuerza estaba en otra parte, en lo que llevaba dentro. Pero eso no encajaba con los planes de los que vinieron después.

Hizo una pausa, y sus ojos se clavaron en los míos. —Mírate, Juan. Tu piel morena, tus raíces mexicanas... ¿No te parece irónico que te hayan enseñado a adorar a un Jesús que no se parecía a ti, cuando el real podría haber pasado por uno de los tuyos?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. Miré mis manos, mi reflejo en el cristal de una vitrina cercana. Siempre había visto a Jesús como esas imágenes de las iglesias: pálido, etéreo, lejano. Pero ahora, imaginarlo con una piel como la mía, con una humanidad tan cercana, era... desconcertante y, a la vez, reconfortante.

—¿Por qué me dices esto? —pregunté, mi voz apenas un susurro—. ¿Qué ganas con que lo vea así?

—Gano que abras los ojos —respondió, levantándose de la banca—. La Iglesia te dio un Jesús que no puedes tocar, un dios inalcanzable. Pero él no era eso. Era un hombre de su tiempo, de su pueblo. Y tú, con tus dudas, estás más cerca de él de lo que crees.

Un viento fuerte levantó polvo y hojas secas. Las luces del Palacio de Bellas Artes parpadearon, y cuando volví a mirar, él ya no estaba. Pero en la banca, donde había estado sentado, había una moneda antigua, desgastada, con un perfil borroso grabado en ella. La recogí con manos temblorosas y la guardé junto a los otros objetos.

Caminé de regreso a casa, con la mente perturbada. Jesús, moreno, de nariz chata, 1.65 metros. Un hombre de Palestina, no un ícono europeo. Si él decía la verdad, entonces incluso la imagen que había adorado toda mi vida era una construcción. Pero ¿cómo podía separar la fe de las mentiras? ¿Y por qué sentía que, con cada encuentro, él me reconstruía, pedazo a pedazo?

Esa noche, puse la moneda junto a la cruz, la obsidiana, la piedra, la pluma y el pétalo. Eran más que objetos ahora; eran un espejo que reflejaba algo que aún no podía nombrar. Y mientras miraba la ciudad desde mi ventana, supe que no había escapatoria. Él volvería a aparecer, y yo lo escucharía.

## CAPÍTULO 9 EL VERDADERO PADRE DE JESUCRISTO

La moneda antigua se había unido a mi colección de reliquias inquietantes, cada una un eco de las verdades —o mentiras— que él me dejaba como migajas en un camino oscuro. Intenté retomar mi vida, pero era como tratar de sostener agua en las manos: se me escapaba entre los dedos. La imagen de un Jesús moreno, humano, de 1.65 metros, me perseguía. Ya no podía mirar las cruces en las iglesias o las estampas religiosas sin sentir una punzada de duda. Todo lo que me habían enseñado parecía deshacerse, y él, con su risa cortante y sus ojos rojos, era el culpable.

Esa noche, después de un día demasiado agotador, decidí caminar por la Plaza de Santo Domingo. El lugar, con sus portales coloniales y el bullicio de los escribanos que tecleaban cartas bajo las lámparas, siempre me había parecido un rincón vivo de la ciudad. Me detuve frente a la iglesia para observar las figuras de santos talladas en la fachada, cuando el aire se volvió frío y un olor nauseabundo me envolvió.

—¿Buscas respuestas en otra piedra vieja? —dijo su voz, burlona y cercana, desde las sombras de un portal.

No me giré de inmediato. Sabía que estaría allí, con esa presencia que parecía absorber la luz a su alrededor. Cuando lo miré, estaba apoyado contra una columna, su figura siniestra recortada contra la penumbra. Sus ojos brillaban como brasas ardientes, y su sonrisa burlona de siempre.

—¿Qué vienes a decirme ahora? —pregunté, con un cansancio que no podía ocultar—. ¿Más sobre Jesús? ¿Más dudas para que no pueda dormir?

Él dio un paso hacia mí, y el eco de su andar resonaba en las losas de la plaza. —Acertaste, Juan. Pero esta vez vamos más

profundo. Hablemos del principio de Jesús... de quién lo trajo al mundo de verdad.

Fruncí el ceño cuando sentí un nudo en el estómago. — ¿Qué quieres decir? La Biblia dice que fue el Espíritu Santo, que María...

—La Biblia dice muchas cosas —me interrumpió, mientras levantaba una mano huesuda—. Pero no todo es cierto. ¿Sabías que el verdadero padre de Jesús no fue un espíritu ni José, el carpintero? Fue un hombre de carne y hueso, un soldado romano llamado Tiberio Julio Abdes Pantera.

Me quedé helado, las palabras golpeándome como un trueno. —¿Un soldado romano? Eso es... imposible. ¿De dónde sacas eso?

Él extendió una mano, y el aire frente a nosotros tembló al tiempo que formaba una visión. Era una aldea pequeña, Nazaret, bajo un cielo gris. Vi a María, joven, con el rostro tenso, que caminaba por un sendero polvoriento. A lo lejos, un hombre con una armadura romana —un soldado— la observaba desde un puesto de guardia. De piel moreno claro, sus rasgos marcados, y sus ojos seguían a María con una mezcla de interés y algo más oscuro.

—No lo saco de la nada —respondió él, mientras la visión seguía su curso—. En el siglo II, un filósofo griego llamado Celso escribió sobre esto. Dijo que Jesús no era hijo de un dios, sino de un soldado romano, Pantera. Según él, María fue acusada de adulterio porque quedó embarazada de este hombre mientras estaba comprometida con José. La historia del «nacimiento virginal» vino después, para tapar la verdad.

La visión cambió, ahora mostraba a María enfrentándose a un grupo de aldeanos. Sus rostros estaban llenos de desprecio, y algunos señalaban su vientre, que apenas comenzaba a notarse. José estaba a su lado, con la cabeza baja, como si dudara de sus

propias palabras. Luego, la imagen se desvaneció, dejándome con el eco de sus murmullos en la cabeza.

—¿Celso? —dije, con mi voz temblorosa—. ¿Por qué debería creerle a un filósofo pagano? La Iglesia dice que eso es herejía.

—La Iglesia dice lo que le conviene —replicó él, y su tono se volvió más duro—. Celso no era el único que lo sabía. Los judíos de la época también lo rumoreaban, y los primeros cristianos tuvieron que inventar la historia del Espíritu Santo para salvar la reputación de María. Pero piénsalo, Juan. ¿No tiene más sentido que un soldado romano, estacionado en Palestina, se cruzara con una muchacha como María? Tiberio Julio Abdes Pantera era real, un arquero de una cohorte en la región. Su nombre aparece en registros, incluso en una tumba encontrada siglos después.

Me apoyé contra la columna, sentía que el mundo se tambaleaba. María, acusada de adulterio. Jesús, hijo de un romano. Era una idea tan absurda y, a la vez, tan plausible que me mareaba.

—¿Y José? —pregunté, buscaba algo a qué aferrarme—. ¿Qué pasó con él en todo esto?

—José lo aceptó —respondió él, y su sonrisa se torció—. O al menos, lo intentó. Era un hombre práctico, no un santo. Tomó a María y al niño bajo su protección, pero siempre supo que Jesús no era suyo. Por eso se mantuvo en las sombras y dejó que la historia lo pintara como un padre silencioso. Pero la verdad estaba ahí, susurrada entre los que conocían el escándalo.

La visión volvió por un instante y mostró a un Jesús niño, que jugaba en un patio polvoriento. Sus rasgos —piel morena, nariz chata— ahora parecían tener un eco del soldado romano que había visto antes. Luego, todo se desvaneció.

—¿Por qué me cuentas esto? —dije, en voz alta—. ¿Qué ganas con que dude hasta de María?

Él se acercó, tan cerca que pude oler su aliento pestilente. —Gano que veas, Juan. Que veas cómo han tejido mentiras sobre mentiras. Jesús no necesitaba ser hijo de un dios para ser lo que fue. Era humano, hijo de una mujer y un soldado, y aun así desafió al mundo. La Iglesia lo elevó a un trono celestial porque no podían soportar su humanidad. Pero tú, con tu fe rota, estás más cerca de él que ellos.

Un trueno retumbó en el cielo, aunque no había nubes. Las lámparas de la plaza parpadearon, y el eco de las campanas de la iglesia resonó como un lamento. Cuando lo busqué, ya no estaba. Pero en el suelo, en su lugar había dejado un anillo de bronce desgastado, con un águila romana grabada en él. Lo recogí y guardé en mi bolsillo.

Caminé de regreso a casa, con la mente confundida. Jesús, hijo de Tiberio Julio Abdes Pantera. María, acusada de adulterio. Si él decía la verdad, entonces el fundamento mismo de mi fe era una invención. Pero ¿cómo podía confiar en un ángel caído? ¿Y por qué sentía que, con cada palabra suya, algo dentro de mí se desgarraba y se reconstruía al mismo tiempo?

Esa noche, puse el anillo junto a los otros objetos en mi escritorio: el pétalo, la pluma, la piedra, la obsidiana, la cruz, la moneda. Eran más que pruebas ahora; eran un rompecabezas que me consumía. Y mientras miraba la ciudad desde mi ventana, supe que él volvería. Siempre volvía, y yo, como un tonto, lo escucharía

## CAPÍTULO 10 JESÚS NO NACIÓ EL 25 DE DICIEMBRE

**E**l anillo de bronce con el águila romana reposaba ahora junto a los otros objetos en mi escritorio, una colección que crecía con cada visita suya, como si fueran trofeos de una batalla que no entendía del todo. Mi vida se había reducido a un ciclo de días grises y noches inquietas, donde cada paso por el centro histórico me recordaba sus palabras. Jesús, hijo de un soldado romano. María, marcada por el adulterio. Era una idea que me perseguía como un eco, y aunque intentaba resistirme, la duda se había instalado en mí como un huésped permanente.

Esa mañana, después de una noche sin dormir, decidí visitar el Museo Nacional de Antropología. Pensé que sumergirme en la historia de mis raíces —las salas del México prehispánico, la Piedra del Sol, los vestigios de Tenochtitlán— podría darme algo sólido a qué aferrarme. Caminé entre las vitrinas, para observar las figuras de obsidiana y jade, cuando el aire se volvió frío y un olor a ceniza y azufre me envolvió.

—¿Buscas respuestas en el pasado otra vez? —dijo su voz, grave y burlona, detrás de una vitrina.

Me giré con lentitud, ya sin sorprenderme por su presencia. Estaba allí, de pie junto a una escultura de Coatlicue, su figura alta y oscura contrastaba con la piedra tallada. Sus ojos rojos brillaban en la penumbra del museo, y su sonrisa irónica.

—¿Qué vienes a desarmar ahora? —pregunté, con una mezcla de cansancio y resignación—. ¿Más sobre Jesús? ¿Más mentiras de la Iglesia?

Él dio un paso hacia mí, con el eco de su andar que resonaba en la sala vacía. —No mentiras, Juan. Omisiones. Hablemos de cuándo vivió Jesús, de cuándo nació y murió. Porque ni siquiera eso te lo contaron bien.

Fruncí el ceño, intrigado a pesar de mí mismo. —¿Qué quieres decir? Todos saben que nació el 25 de diciembre y murió a los 33 años. Es básico.

—Es propaganda —respondió él, y su risa fue un sonido grave que hizo temblar las vitrinas—. Jesús no nació el 25 de diciembre. Esa fecha la robaron de las fiestas paganas, del Sol Invictus romano, para hacer que el cristianismo encajara con el imperio. Nació a principios de abril, en el año 753 desde la fundación de Roma. Eso es entre el 6 y el 4 antes de tu calendario cristiano.

Extendió una mano, y el aire frente a nosotros tembló, al tiempo que formaba una visión. Era una noche fría en una aldea de Judea, con un cielo lleno de estrellas. Vi a María, agotada, que sostenía a un niño en un establo rudimentario. No había reyes magos ni coros celestiales, solo pastores curiosos y el viento silbando entre las colinas. La escena era cruda, humana, sin el brillo navideño que me habían enseñado.

—¿El año 753? —dije, mi voz temblando—. Eso significa...

—Que nació entre el 6 y el 4 a.C., sí —confirmó él, mientras la visión seguía su curso—. Los cálculos de tu Iglesia fallaron. Herodes, el rey que supuestamente ordenó matar a los niños, murió en el 4 a.C., así que Jesús tuvo que nacer antes. El 25 de diciembre fue un invento posterior, una fecha para tapar los cultos solares.

La visión cambió, mostraba a Jesús años después, ya hombre, caminaba por caminos polvorientos. Su piel morena estaba curtida por el sol, y sus pasos eran firmes pero cansados. Luego, la imagen saltó a una cruz en una colina, su cuerpo colgado bajo un cielo gris. Pero algo no encajaba con lo que sabía.

—¿Y su muerte? —pregunté, atrapado por la visión—. Dijiste que no murió a los 33.

—Así es —respondió él, y su tono se volvió más serio—. No murió a los 33. Eso es otra cuenta bonita para hacerlo perfecto, un número místico. Si eso fuera cierto, Jesús murió antes de cumplir los 40. Si nació entre el 6 y el 4 a.C., y fue crucificado alrededor del año 30 o 33 de tu era, tenía entre 34 y 39 años. Pero la realidad es que su vida fue mucho más larga de lo que te contaron, después te diré a qué edad murió.

La visión se enfocó en la cruz. Jesús colgaba allí, su rostro agotado pero sereno, su cuerpo mostraba las marcas de una vida dura. No era el joven impecable de las pinturas, sino un hombre que había vivido casi cuatro décadas bajo el sol de Palestina, enfrentándose a fariseos, romanos y sus propios seguidores.

—¿Por qué importa cuándo nació o murió? —pregunté, mi voz apenas audible—. Lo que importa es lo que hizo.

—Importa porque te han vendido un cuento de hadas —respondió él, acercándose hasta que su sombra me cubrió—. Un Jesús eterno joven, nacido en una fecha mágica, muerto a una edad simbólica. Pero él no era un símbolo, Juan. Era un hombre que vivió, respiró y sufrió en un tiempo real, no en una fábula. La Iglesia ajustó las fechas para que encajara en su narrativa, pero yo lo vi. Estuve ahí cuando nació, cuando murió.

—¿Tú estabas ahí? —dije, mirándolo de forma fija—. ¿Qué viste?

—Vi a un niño nacer en la miseria —susurró, y sus ojos brillaron con un rojo más intenso—. Vi a un hombre crecer, desafiar, sangrar. No había ángeles que cantaban en su nacimiento, ni multitudes llorar en su muerte. Solo polvo, sudor y sangre. Pero eso no lo hace menos real, ¿verdad? Tal vez más.

La visión se desvaneció, y el museo volvió a ser solo el museo. Él me miró, a la espera de mi reacción. Yo estaba congelado, procesaba lo imposible. Jesús, nacido en el 753 AUC, entre el 6 y el 4 a.C.; muerto según antes de los 40. Si él decía la

verdad, entonces incluso las fechas que dábamos por sentadas eran una construcción.

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunté, mi voz quebrándose—. ¿Qué ganas con que dude de todo, hasta del calendario?

Él se inclinó hacia mí, tan cerca que podía oler azufre en sus ropas. —Gano que veas, Juan. Que veas cómo han torcido hasta el tiempo para controlar lo que crees. Jesús no necesita ser un mito navideño ni un mártir de 33 años para ser lo que fue. Era humano, y eso lo hace más peligroso de lo que la Iglesia quiere admitir.

Un viento fuerte azotó la sala y retumbó entre las vitrinas. Las luces parpadearon, y cuando volví a mirar, él ya no estaba. Pero en el suelo, frente a la escultura de Coatlicue, había un pequeño fragmento de tela áspera, como la de una túnica antigua, manchada de tierra. Lo recogí con manos temblorosas y lo guardé en mi bolsillo.

Caminé de regreso a casa, con la mente confundida. Jesús, nacido semanas antes, no el 25 de diciembre. Muerto según antes de los 40, no a los 33. Si él decía la verdad, entonces hasta los pilares más básicos de mi fe eran arena movediza. Pero ¿Cómo podía confiar en un ser que se deleitaba en mi confusión? ¿Y por qué sentía que, con cada revelación, me acercaba más a un abismo del que no había retorno?

Esa noche, puse el fragmento de tela junto a los otros objetos: el pétalo, la pluma, la piedra, la obsidiana, la cruz, la moneda, el anillo. Eran más que reliquias ahora; eran un mapa hacia una verdad que me consumía. Y mientras miraba la ciudad desde mi ventana, supe que él volvería. Siempre volvía, y yo seguiría escuchando, aunque me costara todo.

## CAPÍTULO 11 JESUCRISTO TUVO UNA HIJA

**E**l fragmento de tela áspera se había unido a mi colección de objetos inquietantes, cada uno un testimonio silencioso de las verdades que él me iba soltando como veneno lento. Mi vida se había convertido en una sombra de lo que era: el periódico, las calles del centro histórico, todo parecía un decorado detrás del cual se escondía algo más grande, más oscuro. Jesús, nacido en el 6 o 4 a.C., muerto antes de los 40. Las fechas giraban en mi cabeza, erosionando lo que quedaba de mi fe. Pero cada vez que intentaba alejarme, él volvía, como si supiera exactamente cuándo mis defensas estaban más bajas.

Esa tarde, después de un día perdido en pensamientos, decidí caminar hacia la Plaza de la Constitución, el Zócalo. El lugar estaba vivo con el bullicio de siempre: vendedores ambulantes, turistas, danzantes con plumas y tambores. Me senté en una de las jardineras, miraba la Catedral Metropolitana bajo un cielo que se oscurecía con nubes pesadas. Fue entonces cuando el aire se enfrió, y un olor a ceniza y mortandad me envolvió.

—¿Buscas paz en el corazón de tu ciudad? —dijo su voz, cortante y burlona, desde mi derecha.

No me giré de inmediato. Sabía que estaría allí, con esa presencia oscura que parecía tragarse la luz. Cuando lo miré, estaba sentado a mi lado. Sus ojos rojos brillaban, y su sonrisa forzada.

—¿Qué vienes a romper ahora? —pregunté, con una mezcla de cansancio y curiosidad que ya me era familiar—. ¿Más sobre Jesús? ¿Más grietas en lo que creo?

Él inclinó la cabeza, como si saboreara mi pregunta. —Sí, Juan. Pero esta vez vamos al final de su historia... y al comienzo

de otra. Hablemos de cuando Jesús fue crucificado, y de la mujer que estuvo a su lado. No María Magdalena, como la llaman. Ese es un sobrenombre, un disfraz. Su nombre real era María de Magdala.

Fruncí el ceño, atrapado a pesar de mí mismo. —¿María de Magdala? ¿Qué tiene que ver ella? La Biblia dice que estuvo en la cruz, que fue una discípula...

—La Biblia dice poco y oculta mucho —me interrumpió, mientras levantaba una mano huesuda—. María de Magdala no era solo una discípula, Juan. Era más que eso. Cuando Jesús fue crucificado, ella llevaba tres meses de embarazo. De él. Tuvieron una hija, y su nombre fue Sara.

Me quedé helado, las palabras golpeándome como un viento helado. —¿Embarazada? ¿Una hija? Eso es... imposible. La Iglesia nunca...

—La Iglesia nunca lo admitiría —me cortó, y su risa fue un eco seco que resonó en la plaza—. Pero yo estaba ahí. Lo vi. María de Magdala no era una prostituta redimida, como te contaron. Eso fue un invento para desprestigiarla. Era una mujer fuerte, de una aldea pesquera, y amaba a Jesús más de lo que las escrituras te dicen. Cuando lo clavaron en la cruz, ella ya llevaba su semilla.

Extendió una mano, y el aire frente a nosotros tembló, formando una visión. Era una colina árida, tres cruces alzadas bajo un cielo gris. Jesús colgaba en el centro, su cuerpo roto pero su rostro sereno. Abajo, entre un puñado de figuras, estaba una mujer: María de Magdala. Su piel morena estaba marcada por el polvo y las lágrimas, y sus manos se aferraban al vientre, apenas redondeado, como si protegiera algo sagrado. Sus ojos, oscuros y fieros, no se apartaban de él.

—¿Qué pasó con ella? —pregunté, mi voz temblorosa—. ¿Con la niña?

—María huyó después de la crucifixión —respondió él, mientras la visión seguía su curso—. Los seguidores de Jesús estaban en peligro, y ella sabía que un hijo suyo sería un blanco. Se fue a las Galias, a lo que ahora llamas Francia. Allí, en Marsella, dio a luz a Sara. Pero no podía decir quién era su padre. La habría hecho pasar como su sirvienta, una niña sin importancia, para evitar sospechas entre los que la rodeaban.

La visión cambió, mostraba a María en una aldea costera, con el mar al fondo. Sostenía a una niña pequeña, de piel morena como la suya, con ojos profundos que parecían heredados de Jesús. Sara crecía a su sombra, vestida con harapos, cuidada, pero oculta. Luego, la imagen saltó años adelante: Sara, ahora adolescente, caminaba por calles empedradas en lo que parecía una ciudad medieval temprana, extendiendo las manos para pedir limosnas.

—Sara no tuvo una vida fácil —continuó él, y su tono tenía un matiz extraño, casi de respeto—. María murió joven, agotada por el exilio y el secreto. Sara quedó sola, sobrevivía en las calles de Francia. Pedía limosnas, vagaba de pueblo en pueblo. Su piel morena, su manera de moverse, la hicieron ser reconocida como gitana por los que la veían. Así empezó su leyenda.

La visión mostró a Sara, ahora adulta, rodeada de un grupo de nómadas. Su rostro era duro pero hermoso, y sus ojos tenían una chispa que recordaba a su madre... y a su padre. Llevaba collares de cuentas y telas desgastadas, y la gente la miraba con una mezcla de miedo y curiosidad.

—¿Qué pasó con ella después? —pregunté, atrapado por la imagen—. ¿Qué fue de Sara?

—Sara vivió libre, como su madre y su padre —respondió él, y sus ojos se clavaron en los míos—. Algunos dicen que dejó descendientes, que su sangre se mezcló con los gitanos del sur de Francia. Otros dicen que murió sola, sin que nadie supiera quién era. Pero su existencia, Juan, es otra verdad que la Iglesia

enterró. Jesús no solo fue hombre; dejó un legado humano, uno que no podían aceptar.

La visión se desvaneció, y la plaza volvió a ser solo la plaza. Él me miró, esperaba mi reacción. Yo estaba paralizado, procesando lo imposible. María de Magdala, embarazada de Jesús. Una hija, Sara, nacida en Marsella, criada como sirvienta, convertida en gitana. Si él decía la verdad, entonces la historia de la crucifixión era más que un sacrificio; era una tragedia personal.

—¿Por qué me cuentas esto? —dije, mi voz quebrándose—. ¿Qué ganas con que dude hasta de la cruz?

Él se levantó, acercándose hasta que su sombra me cubrió. —Gano que veas, Juan. Que veas cómo han borrado lo humano para hacer dioses. Jesús amó, tuvo una hija, y esa hija vivió en las sombras porque no encajaba en el cuento. Tú, con tus raíces y tus dudas, estás más cerca de esa verdad que de sus altares.

Un trueno retumbó en el cielo, y las campanas de la Catedral sonaron, graves y lentas. Cuando volví a mirar, él ya no estaba. Pero en la jardinera, donde había estado sentado, había un colgante pequeño, una cruz tosca con una piedra negra engarzada en el centro. Lo recogí con manos temblorosas y lo guardé en mi bolsillo.

Caminé de regreso a casa, con la mente en un torbellino. Jesús, padre de Sara. María de Magdala, madre en secreto. Una hija gitana en las calles de Francia. Si él decía la verdad, entonces la fe que me habían inculcado era un castillo de naipes. Pero ¿Cómo podía creerle a un ángel caído? ¿Y por qué sentía que, con cada revelación, me hundía más en un abismo que me reclamaba?

Esa noche, puse el colgante junto a los otros objetos: el pétalo, la pluma, la piedra, la obsidiana, la cruz, la moneda, el anillo, la tela. Eran más que reliquias ahora; eran un puente hacia algo que me estaba transformando. Y mientras miraba la ciudad

desde mi ventana, supe que él volvería. Siempre volvía, y yo, perdido en su juego, seguiría atento.

## CAPÍTULO 12 ESTUVO POSEIDA POR SIETE DEMONIOS

**E**l colgante con la cruz y la piedra negra se había unido a mi colección de reliquias, cada objeto un recordatorio de las piezas que él iba colocando en el rompecabezas de mi fe destrozada. Mi vida cotidiana se había reducido a un eco lejano: el periódico, las caminatas por el centro histórico, todo parecía un telón que ocultaba una verdad más profunda y perturbadora. Sara, la hija de Jesús y María de Magdala, ocupaba mis pensamientos como un espectro. Una niña nacida en Marsella, criada como sirvienta, convertida en gitana... Si él decía la verdad, entonces la historia de Jesús era más humana y más trágica de lo que jamás imaginé.

Esa noche, agotado por días de insomnio, decidí caminar hacia la calle Regina. El centro, con sus edificios antiguos y sus iglesias restauradas, siempre me había parecido un refugio de calma en el caos de la ciudad. Me detuve frente a la iglesia de la Santísima Trinidad, para observar las luces que se filtraban por los vitrales, cuando el aire se volvió gélido y un olor mortecino me envolvió.

—¿Buscas consuelo en otro santuario? —dijo su voz, grave y sarcástica, desde las sombras de un callejón cercano.

No me sorprendí. Ya estaba acostumbrado a su manera de aparecer, como un depredador que acecha. Lo miré: estaba apoyado contra una pared, su figura alta y delgada. Sus ojos rojos, y su sonrisa insolente.

—¿Qué vienes a decirme ahora? —pregunté, con un cansancio que no podía ocultar—. ¿Más sobre Sara? ¿Más sobre María de Magdala?

Él dio un paso hacia mí, y el eco de sus zapatos resonaba en la calle vacía. —Sí, Juan. Pero esta vez volvamos un poco

atrás, antes de la cruz, antes de Sara. Hablemos de cuando Jesús y María de Magdala se cruzaron por primera vez. ¿Sabías que él expulsó siete demonios de ella? No es una metáfora, como te hicieron creer. Fue un exorcismo.

Me quedé helado, las palabras golpeándome como un viento helado. —¿Un exorcismo? La Biblia dice que sacó siete demonios, pero siempre pensé que era simbólico, como pecados o algo así.

—Siempre pensaste lo que te enseñaron —respondió él, y su risa fue un sonido que vibró en las paredes—. Pero no fue simbólico. Fue real, Juan. María de Magdala estaba poseída, y Jesús la liberó.

Extendió una mano, y el aire frente a nosotros tembló para formar una visión. Era una aldea junto al mar de Galilea, con casas de adobe y redes de pesca secándose al sol. En el centro, una mujer —María de Magdala— estaba de rodillas, su cuerpo temblaba de forma violenta. Su cabello negro caía en mechones desordenados, y sus ojos estaban en blanco, como si algo más la habitara. Alrededor, un puñado de aldeanos la miraba con miedo, algunos murmuraban, otros retrocedían. Entonces apareció Jesús, su figura morena y sencilla acercándose con pasos firmes.

—Ella no era una prostituta, como te contaron —continuó él, mientras la visión seguía su curso—. Eso fue un invento posterior para mancharla. María venía de Magdala, una aldea de pescadores, y algo la había quebrado. Siete demonios la habían tomado: espíritus de ira, desesperación, locura. No sé cómo entraron en ella, pero la tenían atrapada.

En la visión, María gritó, un sonido gutural que no parecía humano. Su cuerpo se contorsionó, y las sombras a su alrededor parecieron cobrar vida, retorciéndose como serpientes. Jesús se arrodilló frente a ella, imperturbable, y puso una mano en su frente. Sus labios se movieron para pronunciar palabras que no podía oír, pero que resonaban con autoridad. Uno por uno, los

demonios emergieron: figuras oscuras, deformes, que gritaban mientras eran arrancadas de ella. Siete en total, cada uno más grotesco que el anterior, hasta que María cayó al suelo, exhausta pero libre.

—Él los expulsó —dijo el demonio, y su tono tenía un matiz extraño, casi de admiración—. No con trucos ni oraciones vacías. Jesús sabía lo que hacía. Los enfrentó, los sacó de su cuerpo como quien arranca hierba de la tierra. Y María, cuando despertó, no era la misma. Lo miró como si él fuera el primer hombre que en realidad la veía.

La visión mostró a María levantándose, sus ojos oscuros ahora claros y llenos de algo que parecía gratitud, o tal vez amor. Jesús le tendió una mano, y ella la tomó, poniéndose de pie a su lado. Los aldeanos murmuraban, pero ninguno se atrevía a acercarse.

—¿Por qué estaba poseída? —pregunté, mi voz temblaba—. ¿Qué le pasó?

—No lo sé todo —respondió él, encogiéndose de hombros—. Tal vez fue el peso de su vida, tal vez algo la tocó en la oscuridad de Galilea. Pero esos demonios no eran míos, si eso piensas. Yo no los puse ahí. Solo observé, como siempre. Lo que importa es que Jesús la salvó, y desde ese momento, ella no se apartó de él.

La visión cambió, mostraba a María caminando junto a Jesús por caminos polvorientos, su figura fuerte y decidida a su lado. Luego se desvaneció, dejándome con el eco de sus gritos en la cabeza.

—¿Y qué pasó después? —pregunté, atrapado por la imagen—. ¿Por qué la Iglesia cambió esa historia?

—Porque una mujer liberada por un exorcismo no encaja en su cuento —respondió él, acercándose hasta que su sombra me cubrió—. La convirtieron en prostituta para debilitarla, para que fuera una pecadora redimida en lugar de una igual. Pero María de

Magdala era más que eso. Después de ese día, se volvió su sombra, su fuerza. Y cuando él murió, ella llevó su sangre... literalmente.

Me quedé en silencio, trataba de procesar lo imposible. Un exorcismo real. Siete demonios arrancados de María de Magdala. Si él decía la verdad, entonces su relación con Jesús era más profunda, más visceral de lo que jamás imaginé.

—¿Por qué me cuentas esto? —dije, mi voz quebrándose—. ¿Qué ganas con que vea a María así?

Él se inclinó hacia mí, como siempre, tan cerca que volvía a sentir ese frío característico de su aliento. —Gano que veas, Juan. Que veas cómo han borrado lo crudo, lo real, por un cuento limpio. Jesús no solo predicó; enfrentó lo que otros temían. Y María no solo lo siguió; fue forjada por él. Tú, con tus preguntas, desentierras lo que ellos escondieron.

Un viento fuerte levantando polvo y hojas secas. Las luces de la iglesia parpadearon, y el eco de un trueno resonó en la distancia. Al voltear, él ya no estaba. Pero en el suelo, donde había estado, había una pequeña daga de hierro, desgastada y con un mango tallado con formas serpenteantes. La recogí con manos temblorosas y la guardé en mi bolsillo.

Caminé de regreso a casa, con la mente revuelta. Jesús, exorcizó siete demonios de María de Magdala. Un acto real, no simbólico. Si él decía la verdad, entonces su historia era más oscura, más humana de lo que me habían enseñado. Pero ¿cómo podía confiar en un ángel caído? ¿Y por qué sentía que, con cada revelación, me acercaba más a un borde que me reclamaba?

Esa noche, puse la daga junto a los otros objetos: el pétalo, la pluma, la piedra, la obsidiana, la cruz, la moneda, el anillo, la tela, el colgante. Eran más que reliquias ahora; era un camino que me consumía. Y mientras miraba la ciudad desde mi ventana,

supe que él volvería. Siempre volvía, y yo, atrapado en su danza, seguiría atento.

## CAPÍTULO 13 JESUCRISTO NO MURIO EN LA CRUZ

La daga de hierro con formas serpenteantes se había unido a mi colección de reliquias, cada objeto un fragmento de las verdades que él me lanzaba como piedras a un lago tranquilo, para crear ondas que no podía detener. Mi vida se había reducido a un espejismo: el periódico, las calles del centro histórico, todo parecía un eco de algo que ya no reconocía. María de Magdala, liberada de siete demonios por Jesús en un exorcismo real, ocupaba mis pensamientos como un enigma vivo. Cada revelación suya era un golpe más a lo que quedaba de mi fe, y aunque quería resistirme, la curiosidad —o tal vez la obsesión— me mantenía atado a su juego.

Esa mañana, después de una noche de sueños inquietos, decidí caminar hacia el Jardín de la Triple Alianza, un rincón olvidado cerca del Templo Mayor. El lugar, con sus árboles torcidos y sus ruinas silenciosas, me ofrecía una extraña paz, un eco de un México anterior a todo lo que él estaba desmantelando. Me senté en una banca, observando las piedras desgastadas, cuando el aire se enfrió de golpe y un olor a quemado y tierra húmeda me envolvió.

—¿Buscas refugio en las sombras del pasado? —dijo su voz, sarcástica y burlona, desde el otro lado de la banca.

No me sobresalté. Su presencia ya era parte de mi rutina, como una tormenta que siempre regresa. Lo miré: estaba sentado allí, su figura alta y delgada. Sus ojos rojos desafiantes, y su sonrisa irónica.

—¿Qué vienes a destruir ahora? —pregunté, con un cansancio que apenas ocultaba mi interés—. ¿Más sobre María de Magdala? ¿Sobre Sara?

Él negó con la cabeza, inclinándose hacia mí. —No, Juan. Esta vez vamos al final de la historia que te contaron... y al comienzo de la que no. Hablemos de la crucifixión. Esas heridas que te mostraron como mortales... no lo fueron. Jesús no murió en la cruz. Se curó y huyó.

Me quedé helado, las palabras golpeándome como un relámpago. —¿Qué? Eso es imposible. La Biblia dice que murió, que resucitó...

—La Biblia dice lo que quisieron que creyeras —me interrumpió, levantando una mano huesuda—. Pero yo estaba ahí, Juan. Las heridas de la cruz —los clavos, la lanza— no lo mataron. Sangró, sufrió, pero no terminó su vida allí. Lo bajaron, lo curaron en secreto, y escapó.

Extendió una mano, y el aire frente a nosotros tembló para formar una visión. Era la colina del Gólgota, tres cruces bajo un cielo gris. Jesús colgaba en el centro, su cuerpo moreno cubierto de sangre, sus ojos cerrados, pero aún respiraba con debilidad. Abajo, María de Magdala y unas pocas personas lo observaban, sus rostros afligidos. Luego, la escena cambió: un hombre —tal vez José de Arimatea— lo descolgaba con cuidado, mientras otros lo envolvían en lienzos. No había resplandor, no había resurrección milagrosa. Solo un cuerpo vivo, apenas consciente, llevado a una tumba.

—Los romanos no se quedaron a vigilar —continuó él, mientras la visión seguía su curso—. Sus seguidores lo sacaron de ahí, lo escondieron. María de Magdala sabía la verdad, y otros también. Lo curaron con hierbas, con tiempo. Las heridas eran graves, pero no fatales. Cuando pudo caminar, huyó lejos, al norte del subcontinente indio, a Cachemira.

La visión cambió otra vez, ahora mostraba un paisaje montañoso, con valles verdes y picos nevados. Allí estaba Jesús, ahora mayor, su cabello oscuro salpicado de gris, su rostro marcado por cicatrices y años. Vestía túnicas simples, y caminaba

entre aldeanos de piel morena, su figura discreta pero serena. La escena era pacífica, casi mundana.

—¿Cachemira? —dije, mi voz temblorosa—. ¿Por qué ahí? ¿Qué hizo?

—Vivió —respondió él, y su tono tenía un matiz extraño, casi de respeto—. Huyó de los romanos, de los fariseos, de todo. En Cachemira encontró refugio entre gente que no lo conocía como mesías, solo como un hombre sabio. Algunos dicen que predicó, otros que se mantuvo en silencio. Pero vivió hasta una edad anciana, Juan. Murió de muerte natural, no en una cruz a los 33 o 39, sino décadas después, en paz.

La visión mostró a Jesús sentado bajo un árbol, sus ojos oscuros miraban el horizonte. Su cuerpo era frágil, pero sus manos aún tenían fuerza. Luego, la imagen cambió a una tumba sencilla, una losa de piedra en una ladera, sin cruces ni adornos. Y se desvaneció.

—¿Cómo sabes esto? —preguté, mi mente dando tumbos—. Si no murió, ¿qué pasó con la resurrección? ¿Con todo lo que nos enseñaron?

—La resurrección fue un cuento —respondió él, y su sonrisa se torció—. Sus seguidores lo vieron vivo después, sí, pero no porque volviera de la muerte, sino porque nunca murió. La historia creció, se torció. La Iglesia necesitaba un milagro, no un hombre que escapó. Pero hay rastros, Juan. En Cachemira, algunos lo llamaban «Yuz Asaf», «El Sanador». Hay una tumba que los locales veneran, aunque no saben toda la verdad.

—Háblame más de Yuz Asaf, por favor —pedí con una enorme curiosidad.

—Yuz Asaf, fue conocido por las narrativas locales y de la interpretación de la comunidad Ahmadía, una rama del islam fundada en el siglo XIX por Mirza Ghulam Ahmad. Aseguraban que fue un santo y profeta que llegó a la región desde una tierra

extranjera, posiblemente del oeste —Tierra Santa—, durante el siglo I d.C., en el reinado del rey Gopadatta. Lo describían como un hombre piadoso y carismático, dedicado a predicar la unidad de Dios y a guiar espiritualmente a las personas.

—Pues lo describían a la perfección, había mucha similitud y coincidencia entre Jesús y Yuz Asaf. Me siento feliz de saber que logró salvarse y que continuó predicando la palabra de Dios —Le dije expresándolo con una enorme sonrisa y emoción.

—No fue fácil —dijo, con un sentimiento sincero—. Tuvo que sacrificarse, huir y soportar no volver a ver a sus padres y hermanos.

—Cómo fue su final —pregunté con ansias.

Por primera vez notaba a ese ser hablar de corazón.

—Su tumba, está ubicada en el santuario de Roza Bal en el barrio Khanyar de Srinagar. Antes de la islamización de Cachemira, los habitantes locales, mantuvieron la tumba bajo el cuidado de monjes budistas e hinduistas, quienes afirmaban ser descendientes.

—¿Entonces tuvo más hijos? —pregunté con mucha incertidumbre

—Todo indica que sí —respondió él, al esbozar una enorme sonrisa—. Vivió hasta una edad de 120 años y murió de forma natural.

—¿Por qué adoptó el nombre de Yuz Asaf? —lo interrumpí preguntándole otra vez.

—Quizá para ocultar su verdadera identidad, Los ahmadíes señalan que el nombre Yuz Asaf significa «Jesús el Sanador».

Me apoyé en la banca, sentí que el mundo se deshacía bajo mis pies. Jesús, sobreviviente de la cruz, huyo a Cachemira, vivió

hasta la vejez. Era una idea tan absurda y tan posible que me mareaba.

—¿Y María de Magdala? —pregunté, buscaba entender este gran rompecabezas—. ¿Qué pasó con ella y Sara?

—Ella estaba de acuerdo —dijo él, acercándose lo suficiente para observar con detalle su rostro demoníaco—. Ayudó a sacarlo, pero no pudo seguirlo. Se fue a las Galias con Sara, como te conté. Jesús tomó otro camino, uno que ella no podía seguir con una niña. Pero ella siempre supo que él vivía, incluso cuando el mundo empezó a creer en su muerte.

La visión volvió por un instante, mostraba a María en Marsella, miraba al horizonte con una mezcla de alivio y tristeza, mientras sostenía a Sara en sus brazos. Luego se desvaneció.

—Sé que siempre te hago la misma pregunta, ¿por qué contarme esto? —dije, con voz dudosa—. ¿Qué ganas con que dude que murió en la cruz?

Él se inclinó hacia mí, tan cerca que sentí el frío pestilente de su aliento. —Gano que veas, Juan. Que veas cómo han convertido un escape en un mito. Jesús no necesitó morir para ser lo que fue. Vivió, amó, tuvo familia, huyó, envejeció. Y tú, con tus dudas, estás más cerca de esa humanidad que solo ve esos altares dorados.

Un viento fuerte me sorprendió para levantar polvo y hojas secas. Las ramas de los árboles crujieron, y un trueno resonó en la distancia. Cuando todo pasó, volví a mirar, él ya no estaba. Pero en la banca, donde había estado sentado, dejó un pequeño cuenco de arcilla, desgastado y con marcas de dedos, como si alguien lo hubiera usado hace siglos. Lo recogí con gusto, pensaba que podría haber pertenecido a Yuz Asaf.

Caminé de regreso a casa, pero ahora con la mente abierta. Jesús, sobreviviente de la crucifixión, viviendo en Cachemira

hasta la vejez. Si él decía la verdad, entonces la resurrección era una mentira, y la cruz, solo un capítulo, no el final.

Esa noche, puse el cuenco junto a los otros objetos: el pétalo, la pluma, la piedra, la obsidiana, la cruz, la moneda, el anillo, la tela, el colgante, la daga. Eran más que reliquias ahora; eran un mapa hacia una verdad que me estaba siendo revelada. Y mientras miraba la ciudad desde mi ventana, supe que él volvería. Siempre volvía, y yo, con gusto lo escucharía.

## CAPÍTULO 14 UN IMPERIO DE CORRUPCIÓN Y RIQUEZA

**E**l cuenco de arcilla se había unido a mi colección de reliquias, cada objeto un pedazo de las verdades que él me arrojaba como si fueran brasas, quemando lo que quedaba de mi mundo, de mis creencias anacrónicas. Mi vida se había convertido en un reflejo borroso: el periódico, las calles del centro histórico, todo parecía un telón desgastado detrás del cual se alzaba una realidad que no podía ignorar. Jesús, sobreviviente de la cruz, vivió hasta la vejez en Cachemira. La idea me perseguía como un eco, y aunque intentaba encontrarle sentido, cada revelación suya me dejaba más perdido, más atrapado en su verdad.

Esa tarde, después de un día de silencio en la redacción, decidí caminar hacia el Antiguo Colegio de San Ildefonso. El edificio, con sus muros coloniales y sus murales vibrantes, siempre me había parecido un puente entre el pasado y el presente. Me detuve en el patio principal, para observar los frescos de Orozco, cuando el aire se enfrió de golpe y un olor a azufre me envolvió.

—¿Buscas refugio en el arte ahora? —dijo su voz, grave y burlona, desde una esquina del patio.

No me giré de inmediato. Su presencia ya era una constante, como una sombra que se alarga al atardecer. Lo miré: estaba apoyado contra un pilar, observaba los murales. Sus ojos rojos veían cada detalle de esas pinturas, y su sonrisa parecía aprobarlas.

—¿Qué vienes a dismantelar hoy? —pregunté, con un cansancio evidente—. ¿Más sobre Jesús? ¿Sobre Cachemira?

Él negó con la cabeza, dando un paso hacia mí. —No, Juan. Esta vez dejemos a Jesús en paz. Hablemos de los que tomaron

su nombre, de la Iglesia Católica. A lo largo de su historia, no se ha distinguido por transmitir su mensaje, sino por algo más terrenal: su riqueza, su poder. Una larga tradición de opulencia, derroche y corrupción.

Fruncí el ceño, no entendía a qué se refería. —¿La Iglesia? Claro que tiene riquezas, pero siempre dijo que era para la gloria de Dios...

—Para la gloria de sus arcas —me interrumpió, y sus risotadas resonaban en el patio—. Jesús predicó pobreza, humildad, ¿no es así? Caminó descalzo, compartió pan con pescadores. Pero mira lo que hicieron con eso, Juan. Construyeron un imperio, no un rebaño.

Extendió una mano y el aire frente a nosotros tembló para formar una visión. Era Roma, siglos después de Jesús. Vi una basílica en construcción, obreros sudorosos que levantaban columnas de mármol mientras sacerdotes con túnicas bordadas en oro supervisaban desde tronos improvisados. Carretas cargadas de monedas y joyas llegaban desde tierras lejanas, y en el fondo, una multitud hambrienta miraba con ojos vacíos.

—Desde el principio, la Iglesia entendió que el mensaje de Jesús podía ser un negocio —continuó él, mientras la visión seguía su curso—. En el siglo IV, cuando Constantino los abrazó, no fue solo fe lo que ganaron. Fue poder. Tierras, tributos, ejércitos. El Vaticano se volvió un palacio, no una choza de pescadores. Y con cada siglo, creció más rico, más influyente.

La visión cambió, y entonces mostró catedrales góticas alzándose sobre aldeas empobrecidas, sus vitrales brillaban mientras campesinos entregaban sus últimas monedas como ofrendas. Luego, escenas de papas en tronos dorados, rodeados de cortesanos, firmaban acuerdos con reyes para acumular tesoros en bóvedas secretas.

—¿Y el mensaje de Jesús? —pregunté, con mi voz preocupada—. ¿Qué pasó con eso?

—Se convirtió en una herramienta —respondió él, y su tono se volvió más duro—. ¡Lo usaron para justificar su opulencia! «Den al César lo que es del César», decían, pero ellos tomaban todo. Las indulgencias, las cruzadas, la colonización... todo fue un juego de poder disfrazado de piedad. Mientras Jesús predicaba darlo todo a los pobres, ellos construían palacios con el sudor de los pobres.

La visión saltó a América, a la Nueva España. Vi iglesias como la Catedral Metropolitana alzándose sobre las ruinas de Tenochtitlán, sus altares cubiertos de oro saqueado, mientras indígenas trabajaban hasta morir bajo el sol. Sacerdotes con cruces enojadas bendecían a los conquistadores, y arcas repletas cruzaban el océano.

—Aquí también, Juan —dijo él, al tiempo que señalaba el suelo bajo mis pies—. Tu tierra lo vio. La Iglesia llegó con la cruz, pero trajo cadenas. El oro de tus ancestros no fue para los necesitados; fue para sus bóvedas. Y cuando no bastaba, vendían promesas de salvación a cambio de más.

—Te suena esta frase —dijo él—. «Vinieron. Ellos tenían la Biblia y nosotros teníamos la tierra. Y nos dijeron: Cierren los ojos y recen. Cuando los abrimos, ellos tenían la tierra y nosotros teníamos la Biblia».

Me sentí desfallecer, apoyándome contra el pilar, me hacía falta aire. —¿Y la corrupción? Dijiste opulencia y corrupción.

—Siempre van juntas, de la mano —respondió él, y su sonrisa floreció—. Papas con amantes y bastardos, obispos que compran títulos, sacerdotes que extorsionan a los fieles. El Renacimiento fue un desfile de excesos: banquetes, orgías, pedófilos, traiciones, todo bajo el manto de la santidad. Incluso

hoy, el Vaticano guarda fortunas mientras predica caridad. ¿No te parece irónico? ¿No te da coraje? ¿No te da indignación?

La visión mostró una sala opulenta, con hombres de rojo y púrpura que reían entre copas de vino y mesas cargadas de comida, mientras afuera, en las calles, la gente moría de hambre. Luego se desvaneció, dejándome con un nudo en el estómago.

—¿Me cuentas esto para que odie a la iglesia? —pregunté, con mi voz triste—. ¿Qué ganas con eso?

—No quiero que la odies —dijo él, acercándose—. Quiero que veas. Jesús habló de amor, de humildad, pero ellos construyeron un trono con su cruz. Su riqueza les dio poder sobre las sociedades, se incrustaron en ellas como una raíz que todo lo absorbe. Y tú, con tus raíces católicas, mereces saber en qué se convirtió su mensaje.

Un trueno retumbó en el cielo, y las luces del patio parpadearon. El viento revoloteó polvo y hojas secas. En un abrir y cerrar de ojos, él ya no estaba. Pero en la banca, donde había estado, dejó una moneda de oro, pesada y desgastada, con un sello papal grabado en ella. La recogí de inmediato, era muy valiosa y cualquiera podría quitármela.

Caminé de regreso a casa, con la mente más clara. La Iglesia, un imperio de riqueza y corrupción más que un eco de Jesús. Si él decía la verdad, entonces su historia no era de fe, sino de ambición. Me costaba trabajo reconocer, pero el ser oscuro tan solo me había dicho verdades, no cabía lugar a dudas de que, no debía de juzgar un libro solo por su portada.

Esa noche, puse la moneda de oro junto a los otros objetos: el pétalo, la pluma, la piedra, la obsidiana, la cruz, la moneda antigua, el anillo, la tela, el colgante, la daga, el cuenco. Eran más que reliquias; que formaban un espejo reflejando un mundo de mentiras. Mientras miraba la ciudad desde mi ventana, a la espera de que él volviera. Quería oír más de su verdad.

## CAPÍTULO 15 EL VATICANO AYUDÓ A NAZIS A ESCAPAR

La moneda de oro con el sello papal se había unido a mi colección de reliquias, cada objeto un fragmento de las verdades que él me arrojaba como si fueran carbones al rojo vivo, quemando lo poco que quedaba de mi fe y mi mundo. Mi vida era un cascarón vacío que se caía a pedazos: el periódico, las caminatas por el centro histórico, todo se desvanecía bajo el peso de sus palabras. La Iglesia, un imperio de opulencia y corrupción, no un reflejo del mensaje de Jesús. La idea me perseguía como un espectro, y aunque intentaba encontrarle sentido, cada encuentro con él me hundía más en un abismo que no tenía salida.

Esa noche, después de un día bastante pesado, decidí relajarme y caminé hacia la Plaza Manuel Tolsá, frente al Palacio de Minería. El lugar, con su estatua ecuestre y sus edificios neoclásicos, siempre me había parecido un rincón de orden en el caos de la ciudad. Me senté en una banca, miraba la silueta del caballo de bronce contra el cielo oscurecido, cuando el aire se enfrió de pronto y el clásico olor a azufre me envolvió.

—¿Buscas claridad en otra plaza? —dijo su voz, grave y burlona, desde el otro extremo de la banca.

Giré de inmediato. Su presencia ya era esperada por mi, como el eco de un trueno que siempre regresa. Lo miré: estaba sentado allí, cada que se presenta toma formas diferentes, aunque en esencia es el mismo, su rostro ajado, envejecido, irónico, con una sonrisa burlona, así es él, esa es su naturaleza.

—¿Qué vienes a destrozar ahora? —pregunté, con un cansancio que no intentaba ocultar—. ¿Más sobre la Iglesia? ¿Más corrupción?

Él inclinó la cabeza, como si saboreara mi resignación. — Sí, Juan. Pero esta vez vamos a un capítulo más reciente, uno que aún huele a sangre y pólvora. Hablemos de lo que hizo El Vaticano después de la Segunda Guerra Mundial. Ayudó a criminales de guerra nazis a escapar, con la esperanza de revivir el cristianismo europeo.

Me quedé mudo, sus palabras golpeándome como un viento helado. —¿Nazis? ¿El Vaticano? Eso no puede ser cierto. La Iglesia condenó a Hitler, el Holocausto...

—La Iglesia dice muchas cosas —me interrumpió, al tiempo que levantaba una mano huesuda—. Pero sus acciones cuentan otra historia. Cuando el Tercer Reich cayó, cientos de oficiales nazis —asesinos, torturadores— huyeron. Y El Vaticano les abrió las puertas, les dio pasaportes falsos, los escondió en monasterios. No fue caridad, Juan. Fue estrategia.

Extendió una mano y el aire frente a nosotros tembló a la vez que formaba una visión. Era Europa en ruinas, 1945. Vi ciudades destruidas, humo alzándose en escombros, niños que portaban fusiles, cuerpos de personas destrozados y luego una escena en una oficina vaticana: sacerdotes con sotanas oscuras que revisaban documentos, entregaban papeles a hombres demacrados con uniformes desgastados. Uno de ellos, un oficial nazi con cicatrices en el rostro, recibía un pasaporte con un nombre falso. Al fondo, un mapa mostraba rutas hacia Sudamérica —Argentina, Brasil— marcadas en rojo.

—No logro entender —dije, mi voz temblorosa—. ¿Por qué harían eso? Eran criminales, monstruos...

—Porque veían un futuro —respondió él, mientras la visión seguía su curso—. El comunismo se alzaba en el Este, ateo y hostil. La Iglesia temía perder Europa, su bastión. Los nazis, por más crueles que fueran, eran anticomunistas, un mal menor a sus ojos. Algunos en El Vaticano creían que podían usarlos,

reconstruir una Europa cristiana con sus manos manchadas de sangre.

La visión cambió, mostraba barcos que zarpaban desde puertos italianos, llenos de hombres con rostros endurecidos, escoltados por curas y monjas. Luego, escenas en Argentina: ex oficiales nazis que vivían bajo nuevos nombres, protegidos por redes eclesiásticas, mientras el Vaticano recibía oro y favores a cambio.

—Las «ratlines», así las llamaban —continuó él, y su tono se volvió más duro—. Rutas de escape organizadas por sacerdotes como Alois Hudal, un obispo con simpatías fascistas. Klaus Barbie, Adolf Eichmann, Josef Mengele... nombres que conoces, hombres que mataron a millones. El Vaticano los ayudó a desaparecer. No todos, claro, pero suficientes. Y lo hicieron con los ojos bien abiertos.

Me apoyé en la banca, sentía que el suelo se movía bajo mis pies. —¿Y el Papa? ¿Pío XII? Él sabía...

—Pío XII sabía lo que quería saber —respondió él, y su sonrisa creció—. No firmó los pasaportes con su mano, pero dejó que otros lo hicieran. El silencio fue su arma. Mientras el mundo lloraba el Holocausto, él miraba al futuro, al poder. El cristianismo europeo valía más que la justicia, al parecer.

La visión mostró una reunión en una sala opulenta, con hombres de negro y rojo que discutían en susurros. Pilas de oro nazi, confiscado de víctimas, pasaban por manos eclesiásticas, destinadas a financiar esas rutas. Luego se desvaneció la imagen, dejándome con un nudo en el estómago.

—¿Por qué no lo sabíamos? —pregunté, mi voz quebrándose de angustia—. Si esto es cierto, ¿por qué no se habla más de eso?

—Porque lo enterraron —dijo él, acercándose un poco más—. Los aliados tenían sus propios secretos, y la Guerra Fría

les dio otras prioridades. La Iglesia controló la narrativa, como siempre. Pero los documentos están ahí, Juan, en archivos polvorientos, en confesiones de quienes hablaron demasiado tarde. Busca, si te atreves.

Me quedé en silencio, trataba de procesar lo imposible. El Vaticano, que salvaba nazis para preservar su poder. Una Iglesia que predicaba amor y justicia, mientras traficaba con asesinos. Si él decía la verdad, entonces su corrupción no era solo antigua; era moderna, tangible, con nombres y fechas.

—Por enésima vez te pregunto, ¿por qué me cuentas esto? —dije, casi gritando—. ¿Qué ganas con que vea esto?

—No gano nada —respondió él, y su voz fue sincera—. Ves cómo han usado a Jesús como máscara para su ambición. No era su mensaje lo que querían salvar, sino su trono. Y tú, con tus raíces y tu fe rota, mereces saber hasta dónde llega la podredumbre.

Un trueno retumbó en el cielo, y las farolas de la plaza parpadeaban y se movían bruscamente. El viento levantó una nube de polvo. Entre cerré los ojos y cuando volví a mirar, él ya no estaba. Pero en la banca, donde había estado sentado, dejó un pequeño crucifijo de plata, desgastado y con una esvástica grabada sutilmente en la base. Lo recogí enseguida y lo guardé en mi bolsillo.

Caminé de regreso a casa, indignado, molesto. El Vaticano, ayudando a nazis a escapar por poder. Si lo que decía ese demonio era cierto, entonces la Iglesia no solo había traicionado a Jesús en el pasado; lo había hecho en el siglo XX, con sangre aún fresca. ¿Por qué no confiar en lo que me mostraba ese ángel caído? Si todo lo que me decía, yo mismo lo había corroborado al encontrar información en internet. Con cada revelación, me abrió más los ojos a esa verdad de la que tanto hablaba.

Esa noche, puse el crucifijo junto a los otros objetos: el pétalo, la pluma, la piedra, la obsidiana, la cruz, la moneda antigua, el anillo, la tela, el colgante, la daga, el cuenco, la moneda de oro. Para mí, eran más que reliquias, Eran un recordatorio de todas las mentiras que se caían a pedazos.

Mientras que contemplaba la ciudad desde mi ventana, confiaba en que el demonio regresara al día siguiente, para seguir desenmascarando a la iglesia.

## **CAPÍTULO 16 UNA ANTOLOGÍA DE CUENTOS Y RELATOS FICTICIOS**

**E**l crucifijo de plata con la esvástica grabada se había unido a mi colección de reliquias, cada objeto un eco que retumbaba en mi cabeza, diciéndome que abriera bien los ojos y qué investigara por mi cuenta, en qué más nos había mentido la iglesia.

Gracias a ese ser, veía con más claridad, cómo se desmoronaban todas mis creencias que me habían inculcado desde niño. Bajo el peso de sus revelaciones. El Vaticano que ayudaba a nazis a escapar, una Iglesia más obsesionada con el poder que con la fe.

Esa mañana, después de una noche de sueños fragmentados, decidí caminar hacia la Plaza de Santa Veracruz, sobre avenida Hidalgo, un hermoso rincón entre iglesias y edificios antiguos. El lugar, con sus árboles raquíticos y su aire melancólico, parecía reflejar el estado de mi alma. Me senté en una banca para mirar la fachada de la iglesia de la Veracruz, cuando de pronto, el aire se tornó frío y el olor a mortandad se hizo presente.

—¿Buscas respuestas en otro rincón olvidado? —dijo su voz, cavernosa, desde el lado opuesto de la plaza.

Levanté la mirada y lo vi: estaba apoyado contra un árbol seco, su figura alada se reflejaba en el piso.

—¿Qué vienes a contarme esta vez? —pregunté, con entusiasmo—. ¿Más sobre la Iglesia? ¿Más sangre en sus manos?

Él negó con la cabeza acercándose hacia mí. —No, Juan. Esta vez retrocedamos más, mucho más. Hablemos del Antiguo

Testamento, de esos libros que te enseñaron como la palabra de Dios. No son más que un conjunto de relatos, cuentos que narran la historia del pueblo hebreo y su relación con su dios. Escritos por muchas manos, a lo largo de siglos. No son fidedignos, son leyendas. ¡Lo siento, Juan!

Me quedé atónito, sabía que él no hablaba por hablar, sus palabras me golpeaban como un viento helado. —¿Leyendas? El Antiguo Testamento es la base de todo... la creación, los profetas, la ley...

—La base de lo que quisieron que creyeras —me interrumpió como siempre, al levantar su mano huesuda—. No es un libro divino, Juan. Es una antología, una mezcla de historias contadas por pastores, reyes, sacerdotes, cada uno añadiendo su versión, exagerándola, acomodándola a su gusto. No hay una mano celestial detrás. Son ecos humanos, torcidos por el tiempo.

Extendió la otra mano, y el aire frente a nosotros tembló, entonces se formó una visión. Era un desierto antiguo, con hombres de túnicas raídas sentados alrededor de fogatas que narraban historias bajo un cielo estrellado. Vi a otros, siglos después, escribiendo en pergaminos bajo lámparas de aceite, sus rostros cansados pero decididos. Las escenas cambiaban: batallas, diluvios, éxodos, todo narrado por voces distintas, con detalles que no encajaban.

—El concilio Vaticano I declaró que fue escrito bajo inspiración del Espíritu Santo, y tiene a Dios como autor. Esta afirmación es fantasiosa, absurda, sin sustento, no tiene ni pies ni cabeza. ¡Acaso piensa que ustedes son estúpidos! —continuó él al tiempo que levantaba la voz, mientras la visión seguía su curso—. El Génesis, el Éxodo, los Salmos... cada parte viene de un tiempo diferente, de autores que no se conocieron. Algunos tomaron cuentos de otros pueblos —babilonios, egipcios— y los adaptaron. La creación, el diluvio, Moisés... son historias que ya

existían, retocadas para un dios celoso que los hebreos eligieron.

La visión mostró un diluvio, pero no como lo imaginé: era una versión más antigua, con un héroe babilonio en un barco, no Noé. Luego, un hombre parecido a Moisés, pero en un relato egipcio sobre un líder rebelde. Todo parecía un montaje, no una verdad única.

—¿Entonces nada es real? —pregunté, desilusionado—. ¿Todo es inventado?

—No todo —respondió él, y su tono se volvió más serio—. Hay historia ahí, Juan. Los hebreos existieron, lucharon, sufrieron. Pero lo que lees no es un registro exacto. Es poesía, propaganda, mitos para unir a un pueblo. La creación en siete días, la serpiente en el Edén, el arca... son cuentos para explicar lo que no entendían. Y cada escritor añadió sus miedos, sus esperanzas, sus dioses.

La visión cambió, ahora mostraba a sacerdotes en el exilio babilónico, reescribían textos para mantener viva su identidad. Luego, siglos después, otros juntaban pergaminos, editaban y eliminaban para crear un libro que pareciera uno solo, pero estaba lleno de costuras.

—¿Por qué no es fidedigno? —pregunté, buscaba algo sólido—. Si tiene historia, ¿no tiene verdad?

—Porque el tiempo lo deshizo —dijo él, acercándose hacia mí—. Lo escribieron hombres, no un dios. Contradicciones, errores, versiones distintas... ¿Sabías que hay dos relatos de la creación en el Génesis? ¿Que el diluvio cambia según quién lo cuenta? No es una palabra divina, Juan. Es un grito humano, hermoso a veces, pero humano al fin. En verdad, siento desilusionarte.

Me apoyé en la banca, sentía que me faltaba el aire. —¿Y la Iglesia? Ellos lo toman como sagrado...

—La Iglesia lo usó como arma —respondió él, mientras levantaba los hombros—. Lo canonizaron, lo pulieron, pero sabían que era un montaje. Lo hicieron intocable para controlar, para darles un dios que castiga y premia. Pero Jesús mismo lo cuestionó, ¿no crees? Él habló de amor, no de leyes talladas en piedra.

La visión se desvaneció, y la plaza volvió a ser lo que era. Él me miró, esperaba mi reacción. Yo estaba paralizado, lo reconozco, trataba de procesar lo imposible para mí. El Antiguo Testamento, un conjunto de leyendas, no una verdad divina. Me sentí estúpido, engañado, entonces la raíz de mi fe era un cuento tejido por muchas manos.

—Agradezco que me cuentes esto —dije, con voz triste—. Discúlpame por dudar de ti.

—Ves cómo han construido un Dios a su medida, a su conveniencia. El Antiguo Testamento no es un pacto celestial; es un espejo del pueblo hebreo. Y tú, con tus preguntas, lo rompes.

Un trueno retumbó en el cielo oscureciéndose, lo que hizo que las campanas de la iglesia sonaran por sí solas. El viento se llevó polvo y hojas secas. Tuve que cerrar los ojos, al abrirlos, él ya no estaba. Pero en el piso, donde había estado parado, dejó un fragmento de pergamino quemado, con letras hebreas apenas legibles. Lo recogí para incrementar mi colección.

Caminé de regreso a casa, con el corazón desecho y la mente perturbada. El Antiguo Testamento, cuentos y leyendas, no una palabra divina. Se habían burlado de nosotros a su antojo por casi dos mil años, nos utilizaron como títeres, nos asustaron como a niños indefensos.

Esa noche, como noches anteriores, puse el regalo que me había dejado el demonio, el pergamino, junto a los otros objetos: el pétalo, la pluma, la piedra, la obsidiana, la cruz, la moneda antigua, el anillo, la tela, el colgante, la daga, el cuenco, la

moneda de oro y el crucifijo. Eran mis reliquias, que me arrancaban el velo del rostro y me permitían ver con claridad, mientras seguía contemplando la ciudad desde mi ventana, preguntándome si volvería a ver a ese Ángel caído.

## CAPÍTULO 17 JESÚS FUE UN GRAN HOMBRE

**E**l fragmento de pergamino quemado también se había unido a mi colección de reliquias, cada objeto representaba un testimonio de las verdades que él me había revelado.

Guardaba un cierto rencor hacia la iglesia, se habían burlado de mi fe, quién se hubiera imaginado. El Antiguo Testamento, un montaje de leyendas humanas, no una verdad divina. Esto me persiguió como un susurro toda la noche, y aunque intentaba encontrarle una justificación, cada encuentro con él me dejaba más desnudo, más expuesto a un vacío que no podía ocultar.

Esa tarde, después de un día agotador, decidí caminar ahora hacia el Parque de la Alameda Central. El lugar, con sus fuentes y sus árboles frondosos, siempre me había ofrecido un respiro, un contraste con el caos de la ciudad. Me senté en una banca cerca del Hemiciclo a Juárez, miraba las palomas que picoteaban el suelo, cuando el aire se enfrió de pronto y nuevamente vino a hacia mí, el olor a azufre que me envolvía.

—¿Buscas calma antes de la tormenta? —dijo su voz irónica, a un costado de la banca.

Enseguida sonreí y me giré de inmediato, ya que me había acostumbrado a su presencia, como una sombra que nunca se aparta. Lo miré y estaba sentado allí, como un viejo amigo que daba todo sin pedir nada a cambio. Él se había ganado mi confianza a pulso; lo veía como lo que es: un ser espiritual creado por Dios y juzgado por sus acciones en ese momento. Pero como todo, creo que lo que hubiera hecho, ya lo habría pagado, ya habría cumplido su condena.

Todos tenemos el derecho de equivocarnos y tener una segunda oportunidad, pero al parecer, a él no se la habían dado. Conmigo solo había tenido cortesías.

—¿Ahora qué vienes a desenmascarar? —pregunté, con una sonrisa—. ¿Más sobre el Antiguo Testamento? ¿Más de la poca fe que me queda?

Él negó con la cabeza, inclinándose hacia mí. —No, Juan. Esta vez no vengo a destruir. Quiero hablar de Jesús una última vez, pero no para romperlo, sino para ser justo. Él era tan hijo de Dios como tú o como yo, fue un gran hombre, y eso no te lo he negado nunca.

Fruncí el ceño, desconcertado por el cambio en su tono. —¿Un gran hombre? Todo este tiempo has desmantelado su historia, su Iglesia, su origen...

—Y aun así lo digo —me interrumpió, y por primera vez, su voz perdió algo de su burla habitual—. Jesús fue grande, Juan. No porque fuera hijo de un dios, sino porque fue humano. Amó, luchó, desafió. Sobrevivió a la cruz, vivió en Cachemira, dejó un legado con María de Magdala. Todo lo que te he contado no es para negarlo, sino para devolverle su humanidad.

Extendió una mano, y el aire frente a nosotros tembló, entonces se formó una visión. Era Jesús otra vez, pero no en la cruz ni en un trono celestial. Estaba en un valle de Cachemira, viejo y sereno, sentado bajo un árbol. Su piel morena estaba surcada de arrugas, sus manos marcadas por el tiempo, pero sus ojos oscuros aún tenían esa chispa que había visto antes. Hablaba con aldeanos, no como un mesías, sino como un hombre sabio que compartía palabras simples sobre amor y resistencia.

—Él no necesitaba milagros para ser lo que fue —continuó él, mientras la visión seguía su curso—. Expulsó demonios de María, predicó contra los poderosos, vivió más allá de lo que te contaron. Su grandeza estaba en su corazón, no en las mentiras

que tejieron a su alrededor. Yo lo vi, Juan. Lo admiré, incluso siendo lo que soy.

La visión se desvaneció, y él me miró de manera fija, sus ojos rojos ahora más suaves, casi humanos. —Todo lo que te he dicho —Lilith, Calomena, Sara, la Iglesia, los nazis, el Antiguo Testamento— no es para que lo guardes en tu mente y te pudras con ello. Es para que lo escribas. Para que lo des a conocer.

Me quedé helado, las palabras resonaban en mi cabeza como un tambor. —¿Escribirlo? ¿Darlo a conocer? ¿Por qué yo? No soy un escritor, no soy nada...

—Eres un periodista —respondió él, y su sonrisa regresó, pero era diferente, menos afilada—. Tienes una pluma, una voz. Todo esto que te he mostrado, estas verdades que han enterrado, merecen ser contadas, merecen ver la luz. No para destruir, sino para liberar. Jesús no pertenece a la Iglesia ni a sus altares dorados. Pertenece a los que pueden verlo como fue: un hombre, no un mito.

Me apoyé en la banca, no podía creer lo que escuchaba. —¿Y si no quiero? ¿Y si no puedo cargar con esto?

—No tienes que cargar nada —dijo él, y su voz fue un susurro firme—. Solo escribe. Deja que el mundo decida qué hacer con ello. Yo no te pido fe, Juan. Te pido tinta.

La visión volvió por un instante, ahora mostraba a Jesús en Cachemira, sonreía mientras un niño le ofrecía una flor. Luego se desvaneció, y el parque volvió a ser solo el parque. Él se levantó, mirándome con una intensidad que me atravesó.

—Has andado conmigo por este camino —dijo—. Has visto lo que pocos han visto. No lo entierres contigo. Dale vida.

Un trueno retumbó en el cielo, y las palomas alzaron el vuelo, dispersándose en un torbellino de plumas. El viento como siempre barrió el parque, al levantar polvo y hojas secas. Y en un

instante, él ya no estaba. Pero en la banca, donde estuvo sentado, me dejó una pluma de ave, negra y brillante, con una punta afilada como si estuviera lista para escribir. La recogí con manos temblorosas y la guardé en mi bolsillo.

Caminé de regreso a casa, con la mente más tranquila. Jesús, un gran hombre, no un dios. Todo lo que me había contado —Lilith, Calomena, Sara, la corrupción de la Iglesia, las leyendas del Antiguo Testamento— era para que lo escribiera, para que lo diera a conocer. Si él decía la verdad, entonces mi pluma era más que un oficio; era un arma, un puente, una responsabilidad. Pero ¿cómo podía hacerlo? ¿Y por qué sentía que, por primera vez, sus palabras no me rompían, sino que me daban algo?

Esa noche, puse la pluma junto a los otros objetos: el pétalo, la pluma anterior, la piedra, la obsidiana, la cruz, la moneda antigua, el anillo, la tela, el colgante, la daga, el cuenco, la moneda de oro, el crucifijo y el pergamino. Todas estas eran mis más preciadas reliquias; eran un recordatorio de que su historia debía ser contada.

Y fue así que, para cumplir la promesa que le hice a un amigo nada común, les compartí su mensaje, su verdad, narrándoles con detalle cada encuentro tal como sucedió. Ahora les toca decidir a ustedes, si tenía razón cuando decía que siempre nos ocultaron la verdad.

Fin.

## **ACERCA DEL AUTOR**

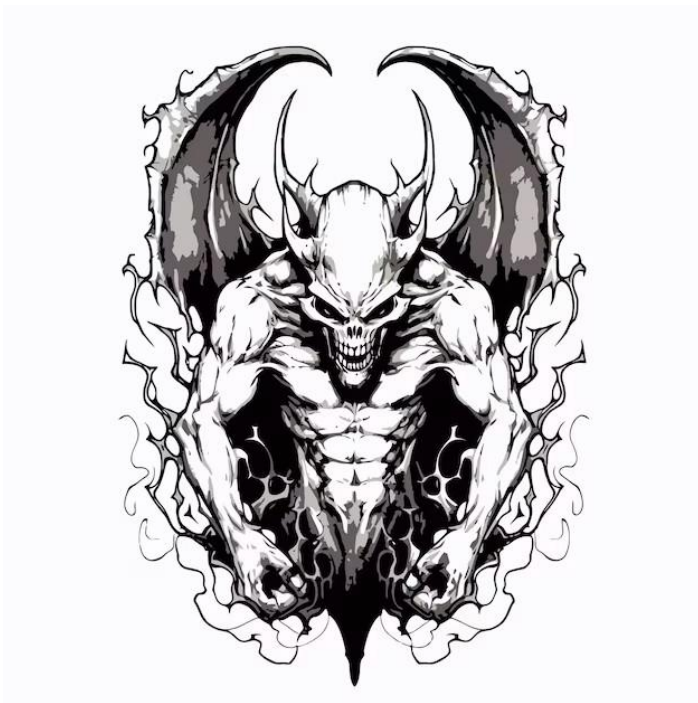
José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un escritor y editor mexicano con una marcada pasión por la literatura, en especial géneros como el terror, la tensión psicológica y los temas rituales. Además de su propia creación literaria, se ha destacado como compilador y editor de antologías poéticas y narrativas, con un enfoque en el amor, la maternidad y la exploración cultural. Su estilo combina rigor técnico con una sensibilidad emocional capaz de conmover de manera profunda a los lectores.

También se le reconoce por su labor como mentor y líder creativo: ofrece retroalimentación clara y constructiva, fomenta nuevas voces y diseña introducciones y dedicatorias que dotan a los proyectos colectivos de una atmósfera evocadora. Su trabajo editorial se caracteriza por la búsqueda de autenticidad, la claridad estilística y la capacidad de adaptar el tono a las necesidades de cada obra.

Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente y su manejo del suspense, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

## **SUS OBRAS**

El Diario de la Enfermera  
El Sapo, Asesino Sanguinario  
La Fiera Humana  
Derecho de réplica  
El Diario de la Monja  
El Don del más Allá  
La Voz Maldita  
Mi Encuentro con el Diablo  
Entre Tormentas y Estrellas  
Tenochtitlan Marciana  
Leyenda del México Antiguo  
Archivos Policiacos  
La Ouija  
Charlas con Dios



Obra protegida por derechos de autor



José Arturo Sarabia Campos es autor de once novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, abarcando géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea. Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. Este galardón no solo resalta la calidad de su escritura, sino también su capacidad para conectar con lectores a través de historias inquietantes y bien estructuradas. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente y su manejo magistral del suspense, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

Mi encuentro con el Diablo, escrita por José Arturo Sarabia Campos, es una novela provocadora que desmantela las narrativas religiosas tradicionales a través de los ojos de Juan, un periodista mexicano cuya fe católica se desmorona bajo las revelaciones de un enigmático Diablo. Ambientada en la Ciudad de México, la obra entrelaza la crítica teológica con el sincretismo mexica-cristiano, utilizando escenarios icónicos como el Zócalo, la calle Regina, el Jardín de la Triple Alianza, el Antiguo Colegio de San Ildefonso, la Plaza Manuel Tolsá, la Plaza de Santa Veracruz y la Alameda Central para anclar una narrativa de introspección y subversión.

La historia comienza con Juan, atrapado en la rutina de su trabajo y una fe heredada que nunca cuestionó. Su encuentro con el Diablo, una figura de ojos rojos y sonrisa burlona, desencadena una serie de revelaciones que desafían su cosmovisión. A lo largo de 17 capítulos, el Diablo desentraña verdades ocultas: Lilitz como la primera rebelde, Calomena como una figura mítica, María de Magdala liberada por un exorcismo real, Sara como hija de Jesús, y Jesús mismo como Yuz Asaf, un hombre que sobrevivió a la crucifixión y vivió hasta la vejez en Cachemira. La novela también critica la opulencia y corrupción de la Iglesia Católica, su complicidad en las «ratlines» que ayudaron a nazis a escapar tras la Segunda Guerra Mundial, y la construcción del Antiguo Testamento como una antología humana, no divina.

Cada encuentro ocurre en un lugar emblemático de la Ciudad de México, donde el Diablo deja un objeto —un pétalo, una pluma, una piedra, una obsidiana, una cruz, una moneda antigua, un anillo, una tela, un colgante, una daga, un cuenco, una moneda de oro, un crucifijo con una esvástica, un pergamino quemado, una pluma negra— que simboliza la verdad revelada. Estos objetos, que combinan elementos cristianos y mexicas, reflejan el sincretismo cultural y la lucha entre la fe impuesta y la identidad mexicana.

Juan evoluciona de la duda a la indignación, y por último a la acción. En el capítulo final, el Diablo le revela su propósito: que Juan escriba y comparta estas verdades para liberar el legado humano de Jesús, no el mito divino de la Iglesia. Juan acepta, publicando sus encuentros como la novela misma, dejando al lector la decisión de aceptar o rechazar estas verdades.

Mi encuentro con el Diablo es una exploración audaz de la fe, la verdad y la identidad. Con un rigor histórico que abarca textos apócrifos, tradiciones Ahmadiya y crítica bíblica, la obra desafía al lector a cuestionar las narrativas religiosas mientras celebra la humanidad de sus figuras y la resistencia mexicana frente a la opresión colonial. El cierre abierto, con la pluma negra como símbolo de escritura y liberación, convierte a Juan en un portador de la verdad, invitando al lector a unirse a su búsqueda.

ISBN 978296322081



90000



9 798296 322081

Obra protegida por derechos de autor